

A-C.114/7





109

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

EL GUARDIAN
DE LA CASA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CEFERINO PALENCIA.

SEXTA EDICION.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullen.)

PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS.—2—2.

1884.

A-Caj. 247

ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE MAYO DE 1884.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
El melon del diputado.....	1	D. Eloy Perillan.....	Todo.
Guerra á los hombres.....	1	N. N.....	»
La Odalisca.....	1	José de Siles.....	»
La romántica.....	1	N. N.....	»
Las bodas de D. Alfonso Onceno...	1	Sres. Alba y Viaña.....	»
Las macetas.....	1	D. Eloy Perillan.....	»
Lo de abajo arriba y lo de arriba abajo.....	1	J. de Alba.....	»
Vivir para ver.....	1	Emilio Sanchez.....	»
La esposa mártir.....	3	José Maria Vivancos..	»
Las dos ideas.....	3	R. Salillas y Panzano..	»

ZARZUELAS.

Al baile.....	1	D. Rafael Taboada.....	M.
¡Al globo! ¡Al globo!.....	1	N. N.....	L. y M.
Bandidos de levita.....	1	Sres. Arango y Viaña.....	L. y M.
El jazmin de oro.....	1	Sres. Bringas y Conrette..	L. y M.
El pañuelo de Manila.....	1	Sres. Cuartero y Taboada.	L. y M.
La Macarena, <i>cancion</i>	1	D. M. Fernandez Caballero	M.
La patria del turrón.....	1	Luis Bringas.....	L.
Los bandos de Villafrita.....	1	Sres. Navaro y F. Caballero.	L. y M.
Perico el aragonés.....	1	Sres. Luis Blanc y Blasco.	L. y M.
Un cuento de Boccacio.....	1	Sres. Cuartero y Taboada.	L. y M.
Viva el toreo.....	1	D. M. Fernandez Caballero	M.
La feria de San Lorenzo.....	3	Manuel Nieto.....	M.

EL GUARDIAN DE LA CASA

A EMILIO MARIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CEFERINO PALENCIA

ESTRENADA CON EXTRAORDINARIO APLAUSO
EN EL TEATRO DE LA COMEDIA LA NOCHE DEL 7 DE FEBRERO DE 1881,
Á BENEFICIO DEL EMINENTE PRIMER ACTOR Y DIRECTOR
D. EMILIO MARIO.

~~~~~  
SEXTA EDICIÓN  
~~~~~

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS
15, Ronda de Atocha, 15

—
1884

15.44

EL GUARDIAN DE LA CASA

TRADUCIDA EN TRES VOLUMES Y EN CUATRO

ORIGINAL DE

CETTERINO PALENCIA

ESTABLECIDA CON EXTERIOR
 EN EL TRATADO DE LA COMERCIA LA...
 A DISTRIBUCION DEL MINISTERIO DE...
 EN MADRID...



~~~~~  
 SEXTA EDICION  
 ~~~~~

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE ALVAREZ RODRIGUEZ
 EN MADRID...

1884

Á EMILIO MARIO

.....

La noche del 20 de Marzo de 1879 no se ha borrado ni puede borrarse jamás de mi memoria.

Se estrenaba mi primera producción: *El Cura de San Antonio*.

Acababan de resonar en mi oído los primeros aplausos que el público, siempre benevolente, tributaba más al principiante que al autor, y usted, que desde el primer momento me acogió con paternal solicitud, compartiendo conmigo la tan inmensa satisfacción que mi sér embargaba, estrechándome en sus brazos emocionado, casi con lágrimas de alegría en sus ojos: «¡A escribir comedias!—me dijo—¡Adelante!»

Un ingrato hubiera sido si, aparte de mi loca afición por la literatura dramática y tras de tan cariñosa acogida, no hubiera obedecido su desinteresado consejo.

Comedias seguí escribiendo con la misma fe, con el mismo entusiasmo, que espero nunca me ha de abandonar, y el para otros tan *severísimo* juez continuó alentándome con sus halagadores aplausos.

Hoy más que nunca quiero decirlo muy alto, puesto que muy alto pretenden subirme los inmerecidos elogios que todos me tributan.

Lo pcquisimo que sé y valgo se lo debo á Diego Luque y á usted. A Luque, por haberme mostrado con singular maestría el camino que debía seguir; á V., como ya he dicho, por haberm prestado su incondicional é invariable apoyo desde mis primeros pasos por la difícil senda del arte.

Sin el generoso sostén que en VV. he hallado, ¡cuántas veces no me hubiera caído!

El nombre de Diego Luque ya honra la primera página de mi primer hijo. Honre, pues, el para mi tan respetable y querido nombre de usted la primera página de la comedia mas celebrada y aplaudida que hasta ahora tengo.

Por otra parte, á V. más que á mi corresponden los aplausos de esta obra. El público, la prensa en general lo han dicho: no pueden darse un a dirección ni un desempeño más admirables.

La deuda es grandísima y escasas mis fuerzas. Al dedicarle, por lo tanto, esta obra, no satisfago, cumplo solamente con el deber sagrado de la gratitud.

Suyo,

C. Valencia.

ACTO PRIMERO

Sala elegantemente amueblada. Dos puertas á la derecha: una al foro, puerta y balcón á la izquierda. Velador con recado de escribir y demás objetos de adorno, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

CARMELA y JUANA entrando: ambas muy sofocadas.

- JUANA. ¡Habrás visto tunante!...
- CARMELA. ¡Qué ingratitud! ¡Qué perfidia!
Toma ese devocionario.
(Hace lo que marca el diálogo y como arrojando la;
prendas.)
¡Infame!—Ahí va la mantilla.
- JUANA. No llore usted.
- CARMELA. ¿Yo llorar?...
Lo que tengo es una ira
que... ¡pero me vengaré!
- JUANA. ¡Bien hecho!
- CARMELA. Buena es la niña
para dejarse burlar
por un mequetrefe... ¡un quidam!...
—Dame papel; no, hay aquí: (En el velador)
ponte en la puerta y me avisas
si alguien viene... «Caballero.»
(Repitiendo lo que escribe.)
- JUANA. ¡Eh! ¡No sea usted tan fina!
- CARMELA. Tienes razón.—«Señor mío...»

JUANA. ¿Señor de usted?... ¡eso querría! ..

CARMELA. ¡Hombre sin conciencia!...

JUANA. Eso;

¡y sin vergüenza!

CARMELA. «En su vida

vuelva usted por esta casa
ni se ponga ante mi vista:
desde hoy todo ha concluido.
Suya...»

JUANA. Pero ¡señorita!

¡Qué suya ni qué ocho cuartos!

CARMELA. Cierto. ¡Soy más aturdida!...

JUANA. Carmen á secas.

CARMELA. Pues: «Carmen.»

Toma: y si es que otra vez pisa

(Dándole la carta.)

los umbrales de esa puerta,
se la das de parte mía.

JUANA. Bien.

CARMELA. Y no admitas excusas,

¿lo oyes? ¡Ni he nacido en China,

ni él se atreverá á negarme

lo que he visto yo: yo misma!

JUANA. ¿Le parece usted el bribón,

jugarnos esa partida?

¡Digo, y si no es por mi novio

aun estábamos *per ístam!*

¡Y dicen que para nada

valen los de policia!...

«Mira, Juana,—ayer me dijo—

ese señor de patillas

que, según tú dices, es

novio de tu señorita,

hace guiños á una rubia

que vive en la calle misma

en que yo hago guardia.»—¿Y dónde?

«Calle del Barquillo, esquina

á la de Alcalá.»—¿A qué hora?

«A las diez todos los dias.»

—Yo no quise saber más,

- y se lo conté en seguida
 á usted: y hoy, como domingo,
 después de oír nuestra misa...
- CARMELA. Sí: ¡lo que pueden los celos!
- JUANA. Nos hemos ido solitas
 al café que hay frente á frente
 á la casa consabida...
- CARMELA. En lo que hemos hecho mal;
 ¡pero muy mal!
- JUANA. ¡Eh!
- CARMELA. No digas...
 entrar dos jóvenes solas
 y exponernos á ser vistas...
- JUANA. ¡Aquí á nadie se conoce!
- CARMELA. Pues aquel señor que había
 tomándose un chocolate,
 bien nos miraba.
- JUANA. Se explica.
 ¿Qué hombre que vea esa cara
 no la mira y la remira?
- CARMELA. Y luégo, ¿á quien se le ocurre
 tomar lo que á ti?
- JUANA. ¡Ay qué risa!
- CARMELA. Café con media tostada...
- JUANA. Yo, la verdad, señorita,
 tenía apetito...
- CARMELA. ¿Y qué?
 ¿Allí otras no había?
- JUANA. Como es lo que tomo siempre
 que mi novio me convida...
- CARMELA. En fin, que estoy pesarosa
 y... ¡lo ves!... ¡Dios me castiga!
 ¡me he dejado allí el pañuelo!
- JUANA. ¡Eh, no sea usted tontina!...
 ¡habríamos si no visto
 lo que hemos visto!...
- CARMELA. ¡Alma inícu!
- JUANA. Y ella le estaba esperando
 en el balcón... ¡y es muy linda!
- JUANA. ¡Qué gestos!

- CARMELA. ¡Y qué miradas!
- JUANA. ¡Qué dengües!...
- CARMELA. ¡Y que sonrisas!...
- JUANA. ¿Qué señas le hizo al marcharse?
- CARMELA. Así; á las dos. (Indicándolo con los dedos.)
- JUANA. Juraría que había sido así... á las tres.
- CARMELA. La consecuencia es la misma: ¡pero antes la tiró un beso!
- JUANA. Bueno, bueno; no prosigas.
- CARMELA. ¡Oh! Si yo fuera que usted, yo sé muy bien lo que haría para vengarme.
- JUANA. ¿Qué hicieras?
- CARMELA. (A ver si en el cebo pica.) ¿No es amigo don Florito del otro, y tambien visita de casa?
- JUANA. ¿Qué?
- CARMELA. ¿No está el pobre —aunque claro no lo diga— enamorado de usted?
- JUANA. no sé por qué lo adivinas; porque ese Floro es tan tímido...
- CARMELA. Como que usted no le anima...
- JUANA. ¿Quiere usted que yo le anime?...
- CARMELA. ¡Juana!
- JUANA. Yo... pensé... creía... En fin... yo...
- CARMELA. Déjame sola.
- JUANA. (Tiene reciente la herida, pero ella se ablandará...) ¿Entrego ó no la cartita? (Con cierta malicia.)
- CARMELA. Ya te lo he dicho.
- JUANA. (Perdió don Alberto la partida: me alegro; así como así, ninguna vez se escurría... En cambio don Floro... ese...

¡á qué está una?... la obligan...)
(Vase segunda puerta derecha.)

ESCENA II

Dicha. D. PÍO con un mono sobre el hombro.

- PÍO. Pero ¿no habías salido?
- CARMELA. No tan pronto: fui á las nueve y son ya las once.
- PÍO. ¡Ay, hija!...
dices bien: esta cabeza...
¡Quita, tonto, que me iras!... (Al mono.)
¿No me das un beso?—Aguarda que ate á Pepito á su anilla.
Así.
(Se dirige al balcón y ata al mono á una anilla que habrá en uno de los hierros. Carmela se asusta.)
¿Y con quién has salido?
¿con mamá?
- CARMELA. No, no podía:
estaba muy ocupada
en repasar las cuartillas
que iba á mandar á la imprenta.
- PÍO. Entonces ni aun te hablaría.
Desde que fundó el periódico,
mejor dicho, la revista
titulada «*El Sexo débil,*
órgano de las familias,»
siempre está escribe que escribe,
y siempre tan abstraída
en sus cosas.
(Carmela está pensativa y dice: «A mí qué» como contestando á lo que piensa.)
- CARMELA. ¿Y á mí qué?
- PÍO. Ni nos habla, ni nos mira...
pero, eso si vale mucho:
ante todo la justicia.
Díganlo sinó sus obras
y el sinfin de poesias.

- CARMELA. (Como contestando á su pensamiento.)
(Y la mancha de la mora
con otra verde se quita.)
- Pío. Además es muy modesta:
¡vaya! ella nunca se firma
con su nombre: usa el pseudónimo
«León Ponce de Castilla.»
Pero ¿qué tienes?
- CARMELA. ¡Yo, nada!...
- Pío. Te veo tan distraída...
¡Ja! ¡je! (Acariciándola.)
- CARMELA. (Pues si yo quisiera...)
- Pío. Mira: Pepe tiene envidia.
¡Qué mono!
(Yendo al balcón á hacer una caricia al mono.)
- CARMELA. ¡Si que es un mono!...
- Pío. ¿Verdad que sí?
- CARMELA. No: decía...
(Me marchó por si es que viene.)
- Pío. ¡Adiós, papa! (Vase primera derecha.)
¡Adiós, hijita!
- Pío. ¡Vamos, toma un cigarrillo!
¡Espera! ahora una cerilla. (Al mono.)

ESCENA III

Dicho. FLORO, que trae una maceta, la que colocará en el balcón
cuando lo marque el diálogo.

- FLORO. ¿Se puede?...
- Pío. ¡Floro querido!
¡Qué maceta tan preciosa!
¿Qué es?
- FLORO. Un *geranio rosa*
que á Carmela he prometido.
- Pío. Pero no esté usted con ello...
- FLORO. Lo pondré aquí en el balcón.
¡Ay! (Al dirigirse á él se le tira al cuello el mono.)
- Pío. ¿Qué es eso?
- FLORO. Este bribón
que se me ha tirado al cuello.

- Pío. ¿Quién, Pepe?
- FLORO. Si.
- Pío. ¡Habrás enemigo!
- Hoy no almorzó todavía...
y...
- FLORO. Por lo visto, quería
desayunarse conmigo.
- Pío. ¡Je!... ¡je!...
- FLORO. ¡Pues me ha dado un susto!
- Pío. ¡Respete usted á los mayores! (Al mono.)
Como somos protectores,
no puedo pegarle. (A Floro.)
- FLORO. Justo.
- Pío. Que aunque en nuestros ideales
hay diferencias...
- FLORO. Y tantas.
- Pío. Puesto que usted cuida plantas
mientras yo á los animales,
venimos con nuestra unión
á ser, por distintos lados,
centinelas avanzados
de la civilización.
- FLORO. Esa es la pura verdad.
- Pío. Pero ¿no se sienta usted?
¿Qué hay de cosas?
- FLORO. Nada sé.
- Pío. ¿Qué hay de nuestra sociedad?
—Si en esta no, yo le abono
que en la exposición futura
el premio es para este cura,
es decir, para este mono.
- FLORO. Si, ¿eh?
- Pío. Es tan sagaz, tan listo,
que—sin hacerle á usted agravio—
diré que es un mono sabio
como usted pocos ha visto.
No le falta más que hablar,
pero él entender se deja...
¿Ve usted?... Se rasca la oreja:
eso es que quiere almorzar.

- Ven aquí: ya iremos... (Queriendo coger al mono.)
- FLORO. ¿Eh?
- PÍO. No; ¡si no tiene malicia!...
Hágale usted una caricia.
- FLORO. Gracias: hágasela usted.
Tienen instintos traidores
estos bichos.
- PÍO. No tal: no.
- FLORO. Por eso mismo soy yo
más amante de las flores.
Las flores pagan con creces
la protección recibida;
que ellas á quien les da vida
dan la vida muchas veces.
Y á más son el elemento
primordial de las conquistas:
yo cautivé á dos modistas
sólo con un *pensamiento*.
- PÍO. ¡Bribón!
- FLORO. Por una *azucena*
amó una rubia á Fajardo,
y á Peralta por un *nardo*
le otorgó el *sí* una *morena*.
¿Qué más? Mi amigo García,
yendo una vez en su coche,
con un *don diego de noche*
flechó á una dama de día:
y, en fin, sé de un solterón,
natural de Barcelona,
que ha rendido á una jamona
con un clavel *reventón*.
- PÍO. ¡Je!... ¡je!... Pues venturas tales
nadie las alcanzará
mejor que un socio de la
Protectora de animales.
- FLORO. Es muy cierto, si, señor,
y no es vana aprensión mía;
por eso no sé qué haría
al que maltrata una flor.
- PÍO. Y á una flor es pasadero:

eso no es tan reprehensible.
 Pero diga usted, ¿es posible
 mirar con calma á un cochero?

Ayer uno—¡el muy cobarde!—

á un caballo—¡pobrecito!—

Y á propósito, Florito,

¿mata Frascuelo esta tarde?

FLORO. Hombre, no he visto el cartel;
 pero si está ya mejor...

Pío. Es el primer matador:
 no hay quien se tire como él...

Yo, cuando no está en la plaza,
 me encuentro más aburrido...

¡Ah! que no eche usted en olvido
 nuestra partida de caza.

Esta noche en el correo
 salimos.

FLORO. No faltaré:
 y... aunque yo no cazaré...

Pío. ¿Cómo que no?... ¡ya lo creo!

FLORO. ¡Si no sé ni aun disparar!

Pío. Eso no le importa.

FLORO. ¿No?

Pío. Tampoco sabía yo
 cuando comencé á cazar.

Usted siga mis consejos:
 ahora, para ejercitarse,

sólo debe dedicarse
 á gazapos y á conejos.

Yo pienso llevar la red...

FLORO. ¡Ya! para caza mayor.

Pío. ¡Hombre! ¿Qué ocurre?

(A Juana, que entra por el foro.)

JUANA. Un señor

que pregunta por usted.

Pío. Di que ya voy.

FLORO. Pues me ausento.

Pío. No tal: vuelvo sin tardanza...

Usted es de confianza
 y dispensará un momento.

(Vase.)

ESCENA IV

FLORO.—JUANA.

- FLORO. Cierta que este hombre confía en mí; ¿mas de qué me vale?...
 JUANA. Si ahora no se atreve usted, es que es usted un...
 FLORO. Cobarde: ya lo sé; pero ¿qué quieres? todos no somos iguales.
 JUANA. Es que ahora ya...
 FLORO. ¿Qué?
 JUANA. No existen los inconvenientes que antes.
 FLORO. A ver... explicate.—Espera. Toma. (Dándole una moneda.)
 JUANA. Yo...
 FLORO. ¡Toma!
 JUANA. ¡Cien reales!)
 Pues mi señorita está, como quien dice, vacante...
 FLORO. ¡Ay! ¿si?
 JUANA. ¡Vaya! Don Alberto desde hoy *requiescant in pace*. Ya no es su novio.
 FLORO. ¿De veras?
 JUANA. Yo misma voy á entregarle el pasaporte... ¡Ay! que viene hacia aquí.
 FLORO. ¿Quién viene? ¿Carmen?
 JUANA. Declárese usted ahora mismo.
 FLORO. Si, si: voy á declararme: tienes razón.
 JUANA. ¡Como tiembla!
 ¡Pues no es poco pusilánime el buen señor! ¡enga usted ánimo! Si eso es la cosa más fácil... Y á nosotras, cuanto más atrevidos...

FLORO. Bueno: márchate.
(Sale Juana segunda puerta derecha.)

ESCENA V.

FLORO y CARMELA: ésta sin reparar en FLORO.

CARMELA. Juana, he pensado otra cosa:
yo misma prefiero hablarle.

FLORO. Muy buenos días, Carmela.

CARMELA. ¡Ah! Muy buenos.

FLORO. (No soy nadie
en cuanto la miro, vamos.)

CARMELA. ¿Sabe papá? ...

FLORO. Sí, ya sabe
que estoy aquí yo: ha salido
porque han venido á buscarle.

CARMELA. No esté usted de pie.

FLORO. Mil gracias;
pero no debo sentarme,
porque estando usted sentada,
si yo también me sentase,
parecería que... ¡Ay Dios!
tengo un asiento de frases!

CARMELA. ¡Jesús! Hay algunos hombres
que no debieran quitarse
nunca las faldas de niños!

FLORO. ¡Ay! ¡Pero qué interesante!

CARMELA. ¿Qué es de su amiguito Alberto?

FLORO. (Pues por eso le despide.)
No le he visto días hace.
Aunque él su amigo me llame,
Alberto y yo somos sólo
compañeros de hospedaje,
y por lo tanto no sé
ni he procurado enterarme...
¡Tiene un genio muy distinto
al mío!... él es muy...

CARMELA. Mudable.

FLORO. Jasto, si; y muy...

- CARMELA. ¡Falso!
- FLORO. Eso.
¿Le conoce usted?
- CARMELA. ¡Bastante!
- FLORO. Y sobre todo, conmigo
se toma unas libertades...
- CARMELA. ¿Sí, eh?
- FLORO. Se luce á mi costa,
porque se pone mis trajes.
- CARMELA. ¡Qué atrocidad!
- FLORO. Como somos
los dos de poquitas carnes...
- CARMELA. ¡No hablemos más de ese hombre!...
- FLORO. (Ya no quiere ni aun nombrarle.)
¡Qué caramba! ¡Yo me atrevo:
la ocasión es favorable!...)
He traído á usted el geranio
que le prometí ayer tarde.
- CARMELA. ¿Sí? ¿Dónde está?
- FLORO. En el balcón.
- CARMELA. (Que ha ido á verle.)
¡Qué hermoso!... ¿Cómo pagarle?...
- FLORO. ¡Bah! (Voy á ver si me entiende.)
¡Qué pensamientos tan grandes
y tan lindos!... (Por unos que figura haber en el
balcón.)
- CARMELA. ¿Quiere usted uno? (Ofreciéndosele.)
- FLORO. ¡Yo?... ¡Si es usted tan amable!...
- CARMELA. ¿Y por qué no? Tome, pues.
- FLORO. (¡Oh dicha! ¡Eso es declararse!)
Carmela, yo... (Tomando el pensamiento.)

ESCENA VI.

Dichos, JUSTO y PIO, que entran abrazándose.

- Pío. ¡Por aquí!...
- FLORO. (Caracoles, ¡en qué instante!...)
- Pío. Pero ¿cómo suponer?...

Deja que otra vez te abrace.

¡Ah! ¡Mira mi hija Carmela!

(Presentándose. Admiración de Justo y Carmela.)

JUSTO. ¡Señorita!...

CARMELA. ¡(Virgen!...)

JUSTO. ¡(Diantre!)

¡La joven de la tostada!

CARMELA. ¡(El señor del chocolate!)

PÍO. ¿Qué es eso? ¿Por qué te turbas?

CARMELA. Porque yo... ¿(Cómo avisarle?)

conozco á este caballero.

PÍO. ¿Tú? ¿No digas disparates!...

Si tú no habías nacido

cuando...

JUSTO. ¡(Era esta!...)

CARMELA. No obstante,

nos hemos visto hoy... en misa.

PÍO. ¡Acabaras de explicarte!...

CARMELA. En San José, ¿no es verdad?

(Procurando hacer señas á don Justo para que asienta.)

JUSTO. ¡Sí!...

FLORO. (Yo debo retirarme.)

Carmela, este pensamiento

jamás de mí ha de apartarse.

CARMELA. ¡(Adiós!... ¿á qué este ha creído?)

Me alegro; ¡que el otro rabie!

FLORO. Señor don Pío...

PÍO. ¿Se marcha usted?

JUSTO. ¡(Este botarate

será el novio?

PÍO. Pues lo dicho,

que no vaya usted á faltarme.

(A Floro.)

CARMELA. (Que ha pasado al lado de D. Justo.)

¡Por Dios!...

JUSTO. Seré mudo y ciego.

CARMELA. Gracias.

JUSTO. (Engaña á su padre

y oye misa en un café.)

CARMELA. Yo prometo á usted explicarle.

FLORO. A los pies de usté, Carmela. (Vase Floro.)
 CARMELA. Adiós. (Vase Floro.)
 JUSTO. ¡Y parece un ángel la niña!... En fin, no juzguemos...
 Pío. Pero ¿no quieres sentarte?
 CARMELA. Ustedes tendrán que hablar.
 Pío. Di á tu mamá que un instante abandone sus papeles y venga aquí.
 CARMELA. (Tiene un aire este señor, y me mira de un modo tan alarmante!)
 (Hace un pequeño saludo, y vase segunda derecha.)

ESCENA VII.

JUSTO.—Pío: nos hemos...
 Pío. ¡Justillo! Otro abrazo más! ¡Aprieta, por vida mía! ¡Treinta años día por día sin verte! ¡Y qué viejo estás!
 JUSTO. Mi cara no hay que extrañarla: tú casi desde la cuna te hallaste con la fortuna: yo he tenido que buscarla: y tanto y tanto corrí tras hembra tan inconstante, que cuando ya jadeante sus favores conseguí, de la noche á la mañana, al mirarme en el espejo, me hallé demacrado, viejo y con la cabeza cana.
 Pío. ¡Ambicioso!
 JUSTO. ¡No es verdad; que aun cuando el oro he buscado, jamás le he sacrificado ni amor ni felicidad!
 Pío. ¡Te casaste!

- JUSTO. Me casé con una mujer que me parecía perfecta.
- Pío. ¿Con aquella modistilla?... ¿no?
- JUSTO. No; con una de Sevilla.
- Pío. ¿Y dónde está?
- JUSTO. No lo sé!
- Pío. ¡Hombre!
- JUSTO. No está en este suelo.
- Pío. ¡Ah! Vamos... ya. ¿Se murió?
- JUSTO. Por eso digo que yo sé que está en el cielo.
- Pío. ¿No era un ángel?
- JUSTO. Por mi mal, no lo era, y lo parecía.
- Pío. ¿Tantos defectos tenía?
- JUSTO. Uno solo y colosal.
- Uno, de tal magnitud, tan grave é interesante, que por sí solo es bastante á robar dicha y quietud.
- Pío. ¿Era fea?
- JUSTO. No.
- Pío. ¿Quizás tonta?
- JUSTO. Lista con exceso.
- Pío. ¡Ah!... vamos... ¡sí!
- JUSTO. Nada de eso.
- Pío. Pues entonces...
- JUSTO. Ahí verás.
- Pío. No hallo el defecto en cuestión.
- ¿Pobre?
- JUSTO. ¡Bah!
- Pío. ¿Cuál puede ser?
- JUSTO. Muy sencillo: ¡mi mujer no tenía educación!
- Pío. ¡Toma!... ¡Toma!
- JUSTO. ¿Es eso un grano de anís?... ¡Voto á Belcebú!
- Pío. ¡Haberla educado tú!
- JUSTO. Ya lo intenté, mas fué en vano.

- De sus padres ni una riña
oyó mi esposa adorada,
ni jamás fué contrariada
en sus caprichos de niña;
y aunque le quise poner,
no pude el remedio hallar,
que es necesario podar
el árbol desde el nacer...
Pío. ¿Era mujer de pasiones?
JUSTO. Como todo sér humano;
pero le faltó una mano
que enfrenara sus acciones;
y aunque no tuvo un desliz,
ni era tampoco una hiena,
siendo en el fondo muy buena,
se hizo y me hizo infeliz.
Por eso, al ver mi pasada
desgracia y lo que he sufrido
sólo por haberme unido
á una niña mal criada,
es tan terrible mi afán,
que hoy, que llegó á enamorarse
y está próximo á casarse
mi unigénito Germán,
le digo: «Por compasión,
á la que sea tu esposa
que la falte cualquier cosa,
pero no la educación.»
Pío. ¿Tienes, pues, un hijo?
JUSTO. Si.
Pío. Ese no más he tenido.
JUSTO. ¿Y por qué no se ha venido?
Pío. Aun tiene que estar allí
algun tiempo.
Pío. ¿En Cuba?
JUSTO. Pues:
su obligación de soldado...
Pío. Pero ¿habiendo terminado
la guerra?...
JUSTO. No obstante...

- Pío. ¿Y es oficial?
- JUSTO. Más arrogante,
y más guapo y más valiente...
- Pío. ¿Será ya todo un teniente?...
JUSTO. ¡Todo un señor comandante!
- Pío. Pues ¿qué años tiene?
JUSTO. Cumplió veinticinco hace unos días.
- Pío. ¡Hola!...
JUSTO. ¿Pues tú qué creías?
¡Si otro como él no se halló!
Si es mi orgullo, si es mi encanto,
y un ángel el cielo quiso
darme en él: es tan sumiso,
tan bueno; me quiere tanto
que... vamos ¿ves? casi lloro
tan sólo con recordar...
En fin, para terminar:
¡creo en Dios y en mi hijo adoro!
Pero hablemos de ti ahora.
- Pío. Pues nada: yo te imité.
JUSTO. ¿En todo?
Pío. Aun no enviudé.
Pero... ¡calla!... ¡mi señora!...

ESCENA VIII

Dichos, Doña NORA.

- Pío. Mi amigo Justo Nogales.
NORA. Caballero...
JUSTO. Servidor.
Pío. Hombre de muy raro ingenio.
NORA. Celebro...
Pío. Sentémonos.
NORA. Para mí es dicha muy grande
y tengo á muy alto honor
departir con ciertas gentes...
JUSTO. ¿Eh?
NORA. De cierta erudición...

- JUSTO. (¡Qué estúpida petulancia!)
 Pío. ¡Tiene un talento! (A D. Justo.)
 JUSTO. ¿Si?
 Pío. ¡Oh!
 ¡y es una gran literata!
 JUSTO. (¡Literata? ¡Pues, señor,
 ya le tengo antipatía!)
 NORA. A usted, como hombre de pro,
 no le causará extrañeza...
 JUSTO. Al contrario, admiración.
 NORA. Para las gentes vulgares
 una escritora cual yo
 es un bicho raro.
 JUSTO. Eso...
 NORA. Pues creen en su interior
 que la mujer ha nacido
 para estarse en un rincón
 y pasar la vida entera
 con la aguja y el perol.
 JUSTO. Ciertamente.
 NORA. Pobres gentes
 á quienes el Creador
 negó ese soplo divino
 que, como un rayo de sol,
 penetrando en los cerebros,
 los ilumina y...
 Pío. ¡Si!... Los...
 JUSTO. (Lo dicho, me va cargando.)
 NORA. Sin luces, sin instrucción,
 ¿qué es la mujer? Cualquier cosa:
 un mueble de tocador,
 un frasco de opoponax.
 Pío. (Aparte á Don Justo y muy gozoso de oír hablar á
 Doña Nora.)
 ¿Qué te parece?
 JUSTO. ¡Ah! y grande
 Pío. ¡Oh! y tengo á mi honor
 NORA. La mujer antiguamente
 era esclava del señor,
 que en dorados camarines

- la rendía adoración,
 hasta que al fin se agostaba
 como en la estufa la flor.
 Hoy los tiempos han cambiado:
 aquel tiempo ya pasó,
 y la sociedad moderna,
 reconociendo su error,
 ha franqueado la puerta
 de nuestra triste prisión.
 ¿No es el pensamiento libre?
 ¿No vuela y corre veloz?
 ¿Pues por qué no ha de ser libre
 la mujer?
- Pío. Claro.
 JUSTO. ¡Qué horror!
 NORA. Lo dicen Dumas, Balzac,
 y Byron y...
 JUSTO. Paul de Kock.
 NORA. No lo diga usted irónico,
 porque es un gran escritor.
 El mismo Emilio Zola. (Léase Solá.)
 Pío. ¿Oyes? (A D. Justo.)
 JUSTO. ¡Vaya!
 Pío. ¡Si es atroz!
 los trata á todos!...
 JUSTO. ¡Ya veo!
 NORA. ¡Qué ingenio! ¡Qué inspiración!
 ¿Ha leído usted su obra
L' Asoमार, en español
 taberna? ¡Es una obra magna:
 no cabe cosa mejor!
 Yo, admiradora del género,
 escribo ahora *El Bodegón*.
 JUSTO. ¿Será interesante?
 NORA. Mucho:
 así con cierto sabor...
 JUSTO. ¡Vaya si será sabroso!
 NORA. Y en el fondo una intención...
 Pío. ¡De Miura, chico, de Miura!
 NORA. Si no le conoces,

- Pío. No: pero tú siempre has tenido malas intenciones.
- NORA. Dios no quiso darte á ti el soplo...
- Pío. ¡Ah! chico, y se me olvidó: ha fundado una revista del género superior.
- NORA. *El Sexo débil*, que pongo de usted á la disposición.
- JUSTO. Es mucho sexo, señora.
- Pío. ¿Y tú? Yo soy protector de plantas y de animales. (Dándole en el hombro.)
- JUSTO. Bien, que parece alusión. Pero, si mal no recuerdo, tú eras antes cazador.
- Pío. ¡Y sígo siéndolo!
- JUSTO. ¡Mira, pues bonita protección es la tuya!
- NORA. Y sin embargo, lo es.
- JUSTO. (Son locos los dos!)
- NORA. Por donde él va, no va otro, y como este es un reló que apunta pero no da...
- Pío. Eso es exageración, y pronto daré una prueba de lo contrario.
- JUSTO. ¿Si?
- Pío. Hoy, porque estoy comprometido, pienso ir á una posesión sólo á cazar codornices.
- JUSTO. ¿Y eso?...
- Pío. Ha picado mi amor propio el que ocupa este hotel de al lado, Don Juan Muñoz, que está con su codorniz

tan cargante y baladrón...
 ¡Vamos! lo que es si pudiera,
 se la robaba.

JUSTO.

(¡Señor!)

PÍO.

Además, quiere mi Carmen
 que la cace un perdigón,
 y aunque es caza muy difícil,
 le cazaré, ¡no que no!

JUSTO.

¿Ese mono es protegido
 tuyo?

PÍO.

Sí: ¡es lo más bribón!
 Todo lo aprende en seguida:
 ya escribe mejor que yo.

JUSTO.

(Esta al sexo débil: y éste
 es de un mono preceptor.

¿Qué apostamos que á su hija
 no le han dado educación?)

PÍO.

Y Carmela ¿no me dices?

JUSTO.

Ya he visto que es un primor.

¿Tiene ya novio? ¿Se casa?

PÍO.

Hombre, no se me ocurrió
 preguntarle: eso á su madre.

NORA.

Yo lo dejo á su elección,
 porque es lo que yo le digo

por boca del gran *Rosseau*.

(Léase Rusó.)

«Hija mia, el alma es alma,

y el corazón...»

JUSTO.

Corazón es así!

NORA.

Una cosa es el *yo* interno,
 y otra cosa es el *no yo*.

Por ende yo, aunque tu madre,
 no debo ejercer presión
 sobre ti.

JUSTO.

¿Y ese muchacho
 que antes de aquí se marchó?

Yo sospecho si...!

PÍO.

¿Quién, Floro?

JUSTO.

Ese.

PÍO.

¡Si es un pobretón!

JUSTO.

¿Es hijo de algún amigo?

- Pío. Mira, él es de Badajoz.
 Pero no conozco á nadie
 de su familia. Ganó
 premio de floricultura
 en la última Exposición,
 é intimamos desde entonces
 (¡Ya es seguro mi temor!)
 Teniendo cual tiene Carmen
 amplísima ilustración,
 créame usted, es difícil
 que el hombre á quien dé su amor
 no le merezca. Ha leído...
- JUSTO. Hay que tener precaución,
 sin embargo porque hay obras...
- NORA. Como yo soy el censor
 JUSTO. Por ejemplo, cuando vine
 compré un libro en la estación
 de Cádiz, que si yo fuera
 alcalde ó gobernador,
 metía al punto en la cárcel
 al que tal cosa escribió.
 ¿Qué doctrinas! ¿Qué sandeces!
 ¿Que disparates!
- NORA. ¿Su autor? (Con mucho interés.)
- JUSTO. León Ponce de Castilla.
- NORA. ¡Caballero!
- Pío. ¡Hombre, por Dios,
 que ese León es mi esposa!
- JUSTO. ¿Cómo... usted?
- NORA. Yo soy León.
- Pío. (Mejor dijeras pantera!)
- NORA. ¡Qué insulto!
- JUSTO. Señora... yo.. (Procurando disculparse.)
 La verdad es que la obra.
- Pío. Ven á ver tu habitación,
 porque no sales de aquí.
- JUSTO. No me guarde usted rencor.
- Pío. (Pero, hombre, la que has armado!)
- NORA. ¡Y en mi cara! Ignorantón!

(Vanse los dos primera izquierda.)

ESCENA IX

NORA y ALBERTO.

ALBERTO. ¿Señora mía?

NORA. Adelante,

Alberto.

ALBERTO. A los pies de usted.

NORA. Beso...

ALBERTO. Por lo que se ve,

y á juzgar por su semblante,

se haya usted indispueta...

NORA. No...

Más...

ALBERTO. Si no soy indiscreto.

NORA. Se me ha faltado al respeto

y se me ha insultado.

ALBERTO. ¡Oh!

¿Quién atreverse podrá?

NORA. ¡Un ignorante!

ALBERTO. ¿Su esposo?

NORA. Un amigo cariñoso

de él.

ALBERTO. ¡Hola! ¿Y dónde está?

¿Quién es ese majadero?

Permita usted que le llame.

NORA. ¿Pues no quería el infame

meterme en el Saladero?

ALBERTO. ¡Vaya. Es un loco!

NORA. Ha leído

el libro que he publicado

y le han escandalizado

las doctrinas que he vertido

en él.

ALBERTO. Pruebas evidentes

de la gran revolución

que el opúsculo en cuestión

causará entre ciertas gentes

Sombras que huyen confundidas

- á la luz de rojas teas:
¡todas las grandes ideas
son siempre muy combatidas!
- NORA. Le desprecio.
- ALBERTO. Si, el desprecio
merece sólo á mi ver.
- ¿Qué valor pueden tener
las opiniones de un necio?
- NORA. ¿Qué tal va nuestra revista?
- ALBERTO. Lo mejor que puede ir,
porque se la ve subir
por instantes.
- NORA. ¿Si?
- ALBERTO. La lista
aumenta diariamente;
y se explica, si, señora,
siendo usted la directora.
- NORA. Y usted director gerente.
- ALBERTO. Cargo que usted me otorgó,
sin yo merecerle.
- NORA. ¿Cómo?
- ALBERTO. Cierto que interés me tomo...
- NORA. ¿Y cubre ya gastos?
- ALBERTO. No:
no los cubre todavía,
pero ya los cubrirá.
- ¿Y estoy cierto que será
muy pronto?
- NORA. Si?
- ALBERTO. (Cualquier día)
- NORA. Eso no es muy importante.
Cuando hay capital que puede
resistir...
- ALBERTO. ¡Ya!
- NORA. Que no puede
por dinero, y adelantarle
(¡Soberbio!)
- ALBERTO. ¿Hay alguna cuenta
que no hayamos abonado?
- NORA. No tal: todas se han pagado.

excepto la de la imprenta.

Creo que la traigo... Si.

(Sacándola.)

NORA.

¿Asciende?

ALBERTO.

¡Cuatro mil reales.

NORA.

¿Justos?

ALBERTO.

Justos y cabales.

NORA.

Pues espéreme usted aquí
y los traeré.

ALBERTO.

¡Por favor!...

¿Va usted á molestar se ahora?

¡Tenemos tiempo, señora!

NORA.

Nada: ¡cuanto antes mejor!

ESCENA X

ALBERTO y JUANA.

ALBERTO.

Esto va á pedir de boca;
mejor no puede marchar.

Si audaces fortuna juvat,
según antiguo refrán,
yo juro que la fortuna
esclava mía será.

JUANA.

(Saliendo con una carta en la mano.)

Tengo para usted un recado.

ALBERTO.

Pues ya me le puedes dar.

¿Qué es ello?

JUANA.

Esto. (Dándole la carta.)

ALBERTO.

¡Una carta! (Tomándola.)

¿De quién?

JUANA.

Usted lo verá.

ALBERTO.

¿De tu señorita!...

JUANA.

¡Claro!

ALBERTO.

¿Cosa más original!...

¿Por qué me escribe á mi cartas

si nos podemos hablar?

JUANA.

¿Qué sé yo? No es la primera.

ALBERTO.

Si, dices mucha verdad:

pero, en fin, ¡á ver qué quiere!

JUANA.

(¡Buen chasco vas á llevar!)



(La abre.)
(Vase.)

ESCENA XI

ALBERTO, después CARMELA.

ALBERTO. ¿Qué es esto? ¡Oye! Se ha marchado.

¿Habré leído yo mal?

«Todo ha concluido!»

CARMELA. Todo.

ALBERTO. ¡Eh! ¿Me quieres explicar?

CARMELA. Que se lo expliquen á usted

en la calle de Alcalá,

esquina á la del Barquillo!...

ALBERTO. ¡Demonio! ¡Serenidad!

CARMELA. Ya sabe usted que á los dos...

Conque nó se haga esperar...

y no eche usted en olvido

lo de... (Simulando tirar un beso.)

ALBERTO. ¡Carmela!

CARMELA. ¡Ja! ¡Ja!

Gracias que á mi, se lo juro,

me es completamente igual.

ALBERTO. ¡Escúchame!

CARMELA. No, en vano,

porque es todo inútil ya.

ALBERTO. (Esta niña es una loca

y hay que saberla tratar.)

CARMELA. ¡Infame!

ALBERTO. Bien: y supuesto

que no quieres escuchar

ni una frase de mis labios,

hágase tu voluntad.

Tú busca quien más te quiera,

y yo me echaré á buscar

quien haga á mi amor justicia

y le aprecie en algo más.

¡Adiós!

CARMELA. ¿Y así se va usted?

ALBERTO. ¿Piensas que mi dignidad

permite tales insultos,

y que me he de rebajar
 á sincerarme de culpas
 que no cometi jamás?
 ¡Quien por ridiculos celos
 me juzga de modo tal,
 ni sabe lo que es amor,
 ni debe á nadie engañar!

CARMELA. ¿Y aun se atreve usted á negarme,
 ¡qué infamia! ¡qué indignidad!
 lo que he visto con mis ojos?

ALBERTO. Pues no no has sabido mirar.

CARMELA. Que no me tutee usted.

ALBERTO. Bien: no tengo gran afán.
 Adiós, y afectos á Floro,
 que yo supongo será
 quien me reemplace.

CARMELA. ¡Oh!

ALBERTO. ¿No es ese?

CARMELA. ¡Cuánto cinismo! ¡Quizás!

ALBERTO. ¡Me alegro, me alegro mucho!
 Es un chico muy formal
 y muy guapo, y sobre todo
 muy humilde, y... *au revoir.* (Leáse *oreoñar*)
 ¡Ya está lo mismo que un guante!
 ¡Qué tacto y que habilidad!

CARMELA. ¡Alberto!...

ALBERTO. (¡El golpe de gracia!)

¡Llegue usted á idolatrar
 á una mujer cuyo aspecto,
 en extremo angelical,
 parece ocultar tesoros
 de hermosura y de bondad;
 entréguele usted su alma,
 para que sin más ni más,
 á las primeras de cambio
 le suplante otro galán!...

JUSTO. (Que está escuchando desde una puerta de la izquierda.)
 ¡Otro, y van dos! ¡Escuchemos!

CARMELA. ¿Pero se va usted á marchar?

ALBERTO. ¡Pues es claro!

CARMELA.

Bien. Supongo
que hoy mismo me entregará
mis cartas.

ALBERTO.

Sí, sí, señora.

JUSTO.

(¿Sus cartas?)

ALBERTO.

(¡No las verás!

¡Valen mucho!)

JUSTO.

(¡Es que han reñido!

¡Pero con qué libertad

hablan aquí los dos solos!...

¿Dónde diablos estará

su madre?)

NORA.

(Saliendo y dando unos billetes á Alberto.)

Aquí tiene usted.

ESCENA XII

Dichos. NORA.

ALBERTO.

Pues voy al punto á pagar

JUSTO.

(¡A no verlo por mis ojos!...)

ALBERTO.

(¡Lo dicho: tú cederás!)

CARMELA.

(¡Ni una disculpa siquiera!)

NORA.

¿No nos quiere usted honrar
á la mesa?

ALBERTO

¡Oh, no, mil gracias;

pero esperándome están.

NORA.

¿Hasta cuándo?

ALBERTO.

Hasta mañana.

(¡Ay que niña y que mamá!

¡No se pasa media hora

sin que me mande llamar!)

(Vase)

ESCENA XIII

CARMELA, NORA.

NORA.

Vamos, Carmela.

CARMELA.

Ya voy.

NORA.

Que no tardes.

- CARMELA. ¡Ay, qué afán!
- NORA. ¡Si el almuerzo está esperando!
- CARMELA. Si es que no quiero almorzar.
(Contestando con malos modos.)
- NORA. ¿Por qué?
- CARMELA. ¡Jesús! ¡qué pesada!
¿Me quieres dejar en paz?
- NORA. Bien, bien. (Vase derecha.)
- JUSTO. ¡Bonitos modales!
Buen modo de contestar.)
- ESCENA XIV
- CARMELA y JUSTO
- CARMELA. No siento lo sucedido
por perderle, no, señor.
No es por su amor... ¡Eh! ¡qué amor!...
¡Si yo nunca le he querido!
Mas no me debo quejar:
la culpa es mía y muy mía;
si yo á ese hombre no quería,
no he debido dar lugar
á esto que ahora me ha pasado.
- JUSTO. ¡Y el que de marcharse acaba
de falsa é infiel la acusaba!
- CARMELA. ¡Oh! ¡y hasta me ha despreciado!
¡Jesús! (Mesándose el cabello y golpeándose.)
- JUSTO. (¿Qué es eso? ¿Se tira
del pelo?)
- CARMELA. Y yo que hasta fui
A un café... ¡Necia de mí!
¡Tengo una rabia... una ira...
que... si quebrarle pudiera
como quiebro este abanico!
(Rompiendo uno que tendrá á mano.)
¿Se burla de mi ese mico?
(Por el mono, que estará en el balcón.)
¡Toma! (T irándole unos libros.)

JUSTO. (¡Adiós!... ¡pobre vidriera!...)
 (Al tirar los libros rompe las vidrieras del balcón, se levanta muy furiosa, y tropezando con un velador tira todos los objetos que en él se hallan. Al querer recogerlos para colocarlos en su lugar, los va rompiendo más, hasta que por fin prorrumpie en llanto y se arroja en una butaca.)

CARMELA. ¡Ay!

JUSTO. (¡Atíza!)

CARMELA. ¡Cómo estoy!

¡Claro! Cómo tener calma...

¡Ay Dios mio de mi alma!

¡qué desgraciada que soy!...

JUSTO. (Que sale y se va acercando poco á poco á Carmela.)

(¡Lo mismito era mi Luisa!)

CARMELA. ¿En qué he ofendido yo al cielo?

JUSTO. Aqui tiene usted el pañuelo (Presentándosele.)
 que ha perdido usted en *misa*.

CARMELA. Yo le explicaré... (Sorprendida.)

JUSTO. No exijo.

CARMELA. No obstante, hablaremos.

JUSTO. ¡Bien!

(¡Y este es el idolo á quien adora ciego mi hijo!)

(Contemplando á Carmela, que se retira llorosa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La escena representa el jardín de un hotel. Al foro éste con cuartos practicables á derecha é izquierda. En el centro la puerta de entrada y escalerilla con macetas, jarrones, etc., etc. En el jardín, á un lado, velador con silla, y á otro dos mecedoras. Canastillos de flores al pie de las ventanas. A derecha é izquierda calle de árboles que se pierden en el foro, de manera que el hotel resulte aislado. Al lado de la ventana de Carmen, ó sea al izquierdo, debe haber plantas ó arbustos de regular tamaño, para el mejor efecto final de este acto. Dos bombas á los dos lados de la puerta. Luces en los cuartos, que se enciendan y apaguen á su debido tiempo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y doña NORA.

ALBERTO.

¡Oh, mi ilustrada directora!
¿Cómo en el jardín la encuentro?

NORA.

Pláceme en noches tranquilas
cual esta noche, en que el céfiro
susurrando entre las hojas
las conmueve con sus besos,
discurrir por estas calles
de primaveral aspecto.
La noche es para las almas
fuente de dulce consuelo,
iris de ruda tormenta,
crisol de los pensamientos...
¡Qué de encantos atesora!
¡Qué arrobadores misterios!
¡Qué de ideas no despiertan
su soledad y silencio!

ALBERTO.

Habla usted como quien es.

- (¡Qué estilo tan pedantesco!)
- NORA. Los árboles y las flores
prestan á mi sér alientos
y reverdecen mi espíritu
trasladándome á otros tiempos.
Por eso dije á mi esposo
cuando de mi amor fué dueño:
«Si feliz quieres hacerme,
manda que en un barrio extremo
de Madrid nos edifiquen
un hotel que, aunque pequeño,
tenga un jardin espacioso,
de plantas y árboles lleno.»
Y sin este hotel, de fijo,
de fijo me habria muerto.
Yo necesito mucho aire,
mucha luz y mucho cielo.
Pero sepamos la causa
que le trae á usted.
- ALBERTO. Pues vengo
á molestarla...
- NORA. ¡Oh, no, nunca!
- ALBERTO. Son precisos unos versos
para el número que sale
mañana.
- NORA. Bien: los haremos.
- ALBERTO. ¡Ojalá supiera yo!...
- NORA. Todo es querer.
- ALBERTO. No; no puedo.
- NORA. ¿Como cuántos harán falta?
- ALBERTO. Yo supongo que unos ciento.
- NORA. ¿Nada más? Pues si usted quiere
puede usted pasar...
- ALBERTO. Prefiero
estarme aquí paseando...
- NORA. Como guste!
- ALBERTO. ¿Por supuesto
que mi querido don Pio
aun de su excursión no ha vuelto?...
- NORA. No.

ALBERTO. ¿Y Carmela?

NORA. En la ópera.

ALBERTO. Si, con don Justo.

NORA. Ese viejo,

que sin más ni más queria
meterme en el Saladero.

Ya me ha dado sus disculpas
y quiso enmendar su yerro;

pero no se lo perdono.

¡Ea! voy á mi aposento.

(Vase.)

ESCENA II

ALBERTO.

Otro que no fuera yo,

tendria en estos momentos

un humor de mil demonios

y una inquietud, vulgo miedo...

¡Don Justo en Madrid, y aquí,

en esta casa, viviendolo!

Quizá de mí no se acuerde,

aunque mucho me lo temo.

La jugada no fué limpia

y... por sí ó por no, yo debo,

mientras él aqui se encuentre,

estarme en mi casa enfermo.

Pero si abandono el campo...

El tiene un hijo, y sospecho

que pretende con Carmela

concertar el casamiento...

Si es así, á tiempo ha venido.

¡Vaya si ha venido á tiempo!

Cuando Carmen, despechada...

Mas yo birlarme no dejo

la dama... Si yo pudiera,

aun á trueque de algun riesgo,

obligarles á... Don Pio

hoy no está, y hay uno menos

que me estorbe... Esa ventana

(La del cuarto de la izquierda.)

se hal a muy cerca del suelo,
y es del tocador de Carmen...
¡Eh! no nos precipitemos.

Yo necesito ante todo
quien me ayude en mi proyecto.

Juana... ¿Quién mejor? Es claro:
haré uso del guardapelo
que hoy compré para la otra...

Ella viene (Sale Juana.)

JUANA.

¡Don Alberto!

ESCENA III

ALBERTO y JUANA.

ALBERTO.

Ven aquí, y no alces el grito,
porque tu ama está escribiendo

JUANA.

¿Qué hay?

ALBERTO.

Yo á tu señorita,
á pesar de los desprecios
que ayer me hizo, lo juro,
con alma y vida la quiero.

JUANA.

Pues cuénteselo usted á ella.

ALBERTO.

Justamente para eso
es para lo que reclamo
tu protección.

JUANA.

Mi...

ALBERTO.

¿Ves esto?

(Enseñándole un estuche.)

Ven á la luz de estas bombas.

JUANA.

¡Oro de ley!

ALBERTO.

En tu cuello
lo puedes lucir mañana,
si quieres.

JUANA.

¿Cómo?

ALBERTO.

Yo tengo
que hablar á tu señorita
sin testigos, y deseo
que sea esta noche misma...
¿Me entiendes?

JUANA.

¡Vaya!...

ALBERTO.

Al efecto,

con mucho tacto y sigilo,
cuando estén todos durmiendo,
mediante una seña tuya,
hasta este sitio penetro.

JUANA.

No siga usted... A tal costa...

ALBERTO.

Si mi palabra te empeño...

JUANA.

He dicho que no y que no.

ALBERTO.

¡Habla bajo!

JUANA.

¡Es que le advierto!...

ALBERTO.

(¿Cómo obligarla?... ¡Ah, qué idea!

En este bolsillo llevo

una carta de la rubia...)

Ya que no hay otro remedio,
hay que decírtelo todo.

Al venir aquí obedezco

á una cita que Carmela

me mandó hoy por el correo.

JUANA.

¿Y por qué, como otras veces,
yo no la he llevado?

ALBERTO.

Pienso

que no querrá que tú sepas...

Por tanto, guarda el secreto.

¿Sabes leer?...

JUANA.

No.

ALBERTO.

Pues dice:

«Ven esta noche, te espero;
no faltes, que hemos de hablar.»

JUANA.

(Examinando la carta que muestra Alberto.)

¡Y es su letra!

ALBERTO.

(¡Ya lo creo!...

¡Todas son iguales!)

JUANA.

Bien,

pues venga usted.

ALBERTO.

¡Chist! Mas quedo.

Tu señorita es muy niña,
muy infeliz, un modelo
de inocencia, y no comprende
que alguno pudiera vernos.

- JUANA Es verdad.
- ALBERTO. Y por lo mismo nosotros cuidar debemos. Mira, yo espero ahí afuera, y si no hay impedimento, es decir, si todos duermen tranquilos y sin recelos... Tú me haces á mi la seña que convengamos; con tiento salto la verja, y...
- JUANA. Que conste que solamente me presto por mi señorita.
- ALBERTO. Toma. (Dándole el estuche.)
- JUANA. (Esto es ser un caballero.)
- ALBERTO. (El dinero de la imprenta bien permite estos dispendios.)
- JUANA. La señal será una luz.
- ALBERTO. No, no me fio del viento.
- JUANA. ¿Unas palmadas?
- ALBERTO. Tampoco; puede alguno, sin saberlo, batir palmas fácilmente.
- JUANA. ¡Ah! Ya sé.
- ALBERTO. ¿Diste ya en ello?
- JUANA. En el cuarto de mi amo habrá, si mal no recuerdo, reclamos de codorniz.
- ALBERTO. ¡Oh! ¡Magnífico! ¡Soberbio!
- JUANA. Hago sonar uno.
- ALBERTO. ¡Bravo!
- JUANA. ¿Pero sabes?
- ALBERTO. Por supuesto: yo me pondré en mi ventana, que da á ese lado. (Indicando la fachada de la izquierda.)
- ALBERTO. ¡Qué ingenio!
- JUANA. Si hay inconvenientes... Callo, y á otro día esperaremos.

ALBERTO. Pues quedamos convenidos.
Eres, Juanilla, un portentoso...
Y á Cármen... (Indicando silencio.)

JUANA. Descuide usted:
me echaré en la boca un sello.

ESCENA IV

Dichos. Doña NORA abriendo la ventana de la derecha y sentada de-
lante de la mesa que habrá dentro.

NORA. ¿Alberto?

ALBERTO. ¿Señora mía?

(Aproximándose al pie de la ventana.)

NORA. El trabajo ya está hecho.

ALBERTO. ¡Tan pronto!...

NORA. Era poca cosa.

ALBERTO. ¡Qué inspiración! ¡Qué talento!

NORA. Es romance, y los romances,
francamente, los manejo
muy bien.

ALBERTO. (¡Eso sí, es modesta!)

NORA. Ya verá usted unos sonetos
que he dedicado á mi esposo,

(Vase.)
filosófico-burlescos:
todos tienen estrambote.

ALBERTO. Serán dignos de Quevedo.
Conque si usted no me manda
otra cosa, yo la dejo.

NORA. Dispéñseme si no salgo...

ALBERTO. Conmigo no hay cumplimientos...
Hasta el miércoles ó el jueves.

NORA. Adiós.

ALBERTO. A Cármen afectos.

NORA. Gracias... (Retirándose al interior de la habitación.)

ALBERTO. Oye: ¿tu señora (A Juana.)
pasa la noche?..

JUANA. En un sueño,
y se acostará muy pronto.

ALBERTO. Pues lo dicho y hasta luego. (Vase.)

ESCENA V

Doña NORA y JUANA.

NORA. ¡Juana! (Desde su habitación.)

JUANA. Mande usted, señora.

NORA. Avise usted al jardinero para que esté con cuidado, no sea que venga luégo la señorita y no oiga llamar.

JUANA. Ya lo previnieron al salir ella y don Justo.

NORA. Entonces, nada; y le advierto á usted que voy á escribir, y bajo ningún concepto se me interrumpa.

JUANA. Está bien.

(Nora se retira, cerrando las vidrieras de su habitación.)

Creo que ahora han abierto

la verja... Es la señorita con el huésped. Evitemos sospechas. Lo más prudente es quitarme ahora de en medio.

(Vase.)

ESCENA VI

D. JUSTO y CARMELA: ésta viene riendo.

CARMELA. ¡Cuánto me alegro haber ido!

JUSTO. ¿Sí, eh?

CARMELA. ¡Lo que yo he gozado!

¡Le digo á usted que he pasado un rato más divertido!

¡No será la última vez!

JUSTO. Conmigo, si; la postrera.

CARMELA. ¡Vaya una cara! Cualquiera diría que es usted un juez.

Siempre tan grave y tan serio...

- JUSTO. Así soy desde la cuna.
- CARMELA. Si ese rostro le hace á una pensar en el cementerio.
- JUSTO. ¡Niña!... (¡No puede sufrirse!...)
- CARMELA. ¡Qué bolero y qué manola!...
Y usted, nada, ni una sola vez llegó á sonreirse.
- JUSTO. ¡Creo que es faltar á Dios burlarse de la desgracia!
- CARMELA. ¿Pero no le hizo á usted gracia ver bailar á aquellos dos?
- JUSTO. ¡Ella fea y vieja, y él casi moverse podía!...
- JUSTO. Reirme de eso sería, á más de necio, cruel.
- CARMELA. Detrás de mí había cuatro burlones que... ¡ja! ¡ja! ¡ja!
Voy á decir á papá que me abone á ese teatro.
- JUSTO. (¿Y será muy capaz?...)
- CARMELA. Pero...
en deuda con usted estoy; espéreme aquí, que voy á quitarme este sombrero. Ya que la noche convida á ello...
- JUSTO. (¡Qué *sans-façón!*)
- CARMELA. Debo á usted una explicación sobre... (Mostrando el pañuelo.)
- JUSTO. ¡Bah!
- CARMELA. Vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA VII

D. JUSTO.

Yo debí marcharme ayer,
y era cuestión terminada;
visto lo de la tostada,
¿qué más he debido ver?

Quiso ir esta noche al Real,
 y yo, á *fortiori* galante,
 me ofreci de acompañante
 ¡y ojalá no hiciera tal!
 Salimos á pie de aquí,
 y apenas al Real llegamos
 me dice: «¿Por qué no vamos
 á la Zarzuela?...» Por mi...
 «Mejor es al Español.»
 Como usted guste, querida.
 «O á la Comedia.»—En seguida.
 «O á Eslava.»—Bien.—«O á Guignol.»
 Y si hay mil teatros, mil
 recorreremos. Total:
 pensando haber ido al Real,
 venimos de la Infantil.
 Yo, por mi mala fortuna,
 hallé mujeres muy locas,
 mas como ésta he visto pocas:
 ¿qué pocas? No vi ninguna.
 ¿Y en la calle? ¡No hay paciencia!
 á cualquiera comprometo.
 Por mirarla, á un mozalbete
 me le soltó una insolencia;
 y en cambio á un viejo coscón
 que la murmuró al oído
 no sé qué, le ha sonreído
 llena de satisfacción.
 Esto remedio no tiene
 ni ya le puede tener.
 ¡Hijo!... busca otra mujer,
 porque esta no te conviene.
 ¡Aún no alcanza tu razón
 lo que unido á ella sufrieras!
 ¡Sí, hijo mio, sí!... ¡No quieras
 ser mi segunda edición!

ESCENA VIII

D. JUSTO y CARMELA.

CARMELA. ¡Ea! Siéntese usted aquí
(Mostrándole unas sillas que habrá junto á un
velador del jardín.)

y no esté conmigo adusto.

La verdad, señor don Justo,
¿qué ha pensado usted de mí?

JUSTO. ¿Pensar?... ¡Pues nada, hija mial!

CARMELA. Ante todo, le diré
con ingenuidad, que usted
me inspira gran simpatía.

No use, pues, de ambigüedades
y hábleme usted muy clarito.

JUSTO. ¿De veras?...

CARMELA. Yo necesito
quien me diga las verdades.

JUSTO. Pues si usted desea oírlas,
yo no deseo callarlas.

CARMELA. Dispuesta estoy á escucharlas.

JUSTO. Y yo dispuesto á decirlas.

Venga de ahí.

CARMELA. Con la doncella
me vió usted en un café...

JUSTO. ¿Y con qué objeto?... ¿Por qué
de *ocultis* y á la hora aquella
estaba usted en sitio tal?...

CARMELA. Pues estaba—¡el caso es obvio!—
para espiar á mi novio.

JUSTO. ¡Pues, hija, hizo usted muy mal!

CARMELA. Ya lo sé.

JUSTO. Doble delito.

Los celos.

CARMELA. ¡Cá! No, señor:

¡si yo no le tengo amor!...

JUSTO. ¿Que no le ama usted?

CARMELA. ¡Maldito!

JUSTO. ¿Por qué entonces?...

CARMELA. ¿Sostenía
amorosas relaciones?
Porque, entre varias razones,
yo creí que le quería.

JUSTO. O hay cariño verdadero
ó no le hay.

CARMELA. Claro está.

Pero ¿cree usted quizá
que yo sé ni aun lo que quiero?
Mire usted: yo vine al mundo
de riqueza rodeada
y me juzgué autorizada
á mostrar desdén profundo
por todo. Tuve á montones
los novios, malos y buenos,
y algunos—aunque los menos—
de excelentes condiciones:
pues de todos me cansé
tarde ó temprano, y quizás
al que me quería más
fué á quien antes olvidé.

JUSTO. (¡Pobre hijo mío!) Lo creo.

CARMELA. Soy muy voluble—no es chanza—
donde muere una esperanza
brota para mi un deseo.
No lo puedo remediar;
y por deducción forzosa,
cuando consigo una cosa
la comienzo á despreciar.

JUSTO. ¡Vamos!...

CARMELA. ¡Pts! ¿Qué quiere usted?...

Desde el día en que nací,
realizado al punto vi
aquello que ambicioné,
y ante mi gusto, don Justo,
todo el mundo se inclinó;
y ¡ay de aquel que me irritó
y no quiso hacer mi gusto!

JUSTO. ¡Hola!...

- CARMELA. ¡Soy muy irascible!
- JUSTO. ¿Si, eh?
- CARMELA. Mucho; ¡y muy nerviosa!...
por la más pequeña cosa
me exaspero y me...
- JUSTO. ¡Es posible!
- CARMELA. Yo no soy mala, no, á fe.
- JUSTO. No, hija, no: ¡qué desvarío!
- CARMELA. Hay veces que lloro y rio
sin que yo sepa por qué.
Pues lo que á otros alegrías,
á mí pesares me cuesta.
- JUSTO. (Pero ¿qué mujer es esta?)
- CARMELA. Y aunque hago mil tonterías,
después, con estrecha manga,
juzgo aquello que antes hice.
Pero bien: ¿usted qué dice?
- JUSTO. Hija, ¡que es usted una gangal!
- CARMELA. ¿Por qué vivo yo en un ¡ay!
y siempre intranquila estoy?
¿Por qué dichosa no soy
debiendo serlo?
- JUSTO. ¡Velay!
- CARMELA. ¿Por qué es mi suerte contraria?
- JUSTO. ¿Quiere usted saber por qué?
Porque no le han dado á usted
una azotina diaria.
- CARMELA. ¿Eh? ¡La receta es graciosa!
- JUSTO. Si fuera usted hija mía,
de fijo que hoy no sería
tan voluble y tan nerviosa.
- CARMELA. ¡Don Justo!... (Como ofendida y levantándose.)
- JUSTO. (Aunque te me enfades,
lo que siento he de decir.)
Verdades quiso usted oír
y estoy diciendo verdades.
- CARMELA. ¡Es que eso es ya por demás,
y al más humilde le cargal!
- JUSTO. ¡La verdad, cuando es amargal... —
Pero bien, no hablemos más.

ESCENA IX

Dichos: D. PIO y FLORO, después JUANA.

- Pío. ¡Pum!
- CARMELA. ¡Jesús!
- Pío. ¡Ja! ¡ja! ¡Soy yo!
- FLORO. Nosotros: ¡no hay que asustarse!
- JUSTO. ¡Buen modo de presentarse!
- Pío. ¡Ja! ¡ja!...
- JUSTO. Se te figuró
que éramos dos liebres ¿eh?
- Pío. Como entre matas os vi...
- JUSTO. Muy pronto habéis vuelto.
- Pío. Si;
pero, chico, te dire;
se nos dió tan mal la caza...
- FLORO. Pero muy mal.
(Como condoliéndose por el golpe recibido.)
- JUSTO. Lo deploro.
- FLORO. (¡Cuidado si es linda!)
- CARMELA. ¿Y Floro?..
- Pío. Qué tal, ¿se da buena traza?
- Pío. Ha cazado, aunque novel,
dos liebres.
(Dirigiendo miradas significativas á Floro.)
- CARMELA. ¿Si?
- FLORO. Por mi mal.
- CARMELA. ¿Las trae usted en el morral?
- FLORO. No, señora,
- JUSTO. Las trae él.
- CARMELA. ¿Y mis perdigones?
- Pío. ¡Pido
indulgencial...
- CARMELA. ¿Tampoco hoy?
- Pío. ¡Que desgraciada que soy!...
Leal la culpa ha tenido.
Desde mi *tollo* en acecho
—mientras el macho cantaba—
vi una perdiz que avanzaba

- por la linde de un barbecho,
y entre los pardos terrones
saltaba, henchida y contenta,
seguida de turbulenta
bandada de perdigones.
Sobre ella iba á disparar,
cuando el perro condenado,
que á mis pies estaba echado,
con furia empezó á ladrar,
y por el *tollo* asomó
cual diciendo á la perdiz:
«Adónde vas, infeliz?...
¡Huye, que mueres si no!»
- JUSTO. ¡Bravo!
- Pío. ¿A su defensa sales?
- JUSTO. ¿Que si defiende á *Leal*?
¡Aprende de ese animal
á proteger animales!
- Pío. ¿Si? Pues aquella perrada
pudo costarle el pellejo:
¡si no escapa, le protejo
con una perdigonada!
- JUSTO. ¡Qué bien sigues el camino
de la protección!...
- Pío. ¡Canario!
- FLORO. ¡Eso es antihumanitario!
- JUSTO. No, señor: ¡anticanino!
- Pío. Ya que un defensor encuentra
en ti te le voy á dar.
- JUSTO. Bien.
- Pío. ¡No hace más que ladrar
á todo el que sale y entra!
Pero yo aun estoy cargado.
¡Juana!
- JUANA. (Que sale y se sorprende al ver á D. Pío.)
¡Dios mio!... ¡El señor!...
- (Han formado grupo aparte Carmen y Floro.)
- FLORO. ¡Cómo ser buen cazador
quien se encuentra ya cazado!
- Pío. Toma. (A Juana dándole los arreos de caza.)

- JUANA. (No hago la señal, por la firma y
acuéstese ó no se acueste.) (Y entre
y entre)
- JUSTO. (¿Qué número será este?) (¿Qué número será este?)
- (Viendo el grupo que forman Carmen y Floro.)
- FLORO. Yo soy hombre muy formal... (A Carmen.)
- PÍO. Que tiene carga y no poca. (Al dar á Juana la
el escopeta.)
- JUANA. (Yo con callarme despacha.)
- PÍO. Y cuidado con el macho, (Al entregárselo á Juana.)
porque tú eres una loca.
Oye: que cena conmigo
Don Floro.
- FLORO. No tengo gana,
lo agradezco.
- PÍO. Nada, Juana,
vete y haz lo que te digo. (Vase Juana.)
- FLORO. Si es empeño.
PÍO. ¿Para qué
ha venido usted hasta aquí?
- FLORO. Por acompañarle.
PÍO. Si,
mas no obstante.
- FLORO. Cenaré.
CARMELA. Quizá el deber le reclama
á otra parte...
- FLORO. No; la juré.
(¡Me idolatra, de seguro!)
- JUSTO. (A D. Pío y con mucha ironía.)
¡Que le pongan una cama
también!...
- PÍO. No se me ha ocurrido;
pero ya verás qué pronto.
- JUSTO. ¡Hombre, por Dios! (Este es tonto
ó está ya loco perdido!)
Mira... (Señalando el grupo de Carmela y Floro.)
- PÍO. ¿Qué?
- JUSTO. Pero, señor...
que estas cosas no te alarmen!
¿No has comprendido que á Carmen
le hace ese monje el amor?

- Pío. Francamente, no creí que tal pasión abrigara; mas si él en eso pensara me lo hubiera dicho á mi.
- JUSTO. ¡Ea! eres inaguantable, y de entendernos no hay modo!
- Pío. ¡Qué diantre! Después de todo, no es un chico despreciable. Si Carmen le ama, transijo y los caso, y buen provecho.
- JUSTO. ¡Bien hecho!
- Pío. ¡Vaya!
- JUSTO. ¡Bien hecho! (Con mucha ironía.)
(Vendiéndose por un momento y sin poder ocultar su indignación.)
- Pío. ¡Y que se muera mi hijo!...
- Pío. ¿Eh?... ¿Tu hijo?
- JUSTO. No... decia...
- Pío. ¿Oyes, Carmela?... ¡Ja! ¡ja!
- JUSTO. ¡Calla!
- CARMELA. ¿Qué es ello, papá?
- Pío. Pues...
- JUSTO. ¡Nada, una tontería!
- Pío. El hijo de Justo...
- CARMELA. ¿Qué!
- Pío. ¿Tiene un hijo?
- Pío. ¡Comandante!...
- CARMELA. ¡Y yo que estaba ignorante!...
- FLORO. A ver, explíquese usted.
- JUSTO. ¡Mal haya mi indiscreción!
- Pío. Pues su hijo...
- CARMELA. ¡Vamos, di!...
- Pío. Está prendado de ti.
- JUSTO. ¡Dale... ¡Que es una invención!
- CARMELA. ¿Quién será? ¡En dudas me pierdo!
¡Ah! ¿Será el cadete aquel?
(Aun no me ha olvidado él y yo casi le recuerdo...)
¿Se muestra usted ofendido porque en mi se haya fijado?

- JUSTO. ¡No tall! ¡Mas como es casado,
y además muy buen marido!
- FLORO. (¡Valiente cursil!)
- PÍO. ¡Pues tú
no me dijiste ayer eso!
- JUSTO. Pues menti, te lo confieso.
- PÍO. ¡No cue!a!
- JUSTO. ¡Por Belcebú!...
¿Quieres callarte?
- CARMELA. ¡Ay, papá,
no insistas más!
- PÍO. Bien, no insisto.
- JUSTO. ¡Si él á Carmela no ha visto
en su vida!
- CARMELA. ¡Basta ya!
- JUSTO. Por ti... (A D. Pío.)
- PÍO. ¡Sabe más que Lepe!
- CARMELA. (¿Por qué niega y me ocultaba?...)
- PÍO. ¡Ay, que ya no me acordabal...
Voy á ver si duerme Pepe.
¿Vienes?... Le he hecho construir
un pabellón más bonito... (A D. Justo.)
Anda.
- FLORO. (¡Mucho ojo, Florito!)
- PÍO. Que te vas á divertir.
- FLORO. (Nada .. no dudo ¡hoy me atrevo!)
- PÍO. Le hago que fume y se quema, (A D. Justo.)
y hace unos gestos...
- JUSTO. ¡Qué tema!
¡Vete tú!... ¡yo no me muevo
de aquí!...
- PÍO. Bien, yo solo iré.
¡No te subas ya de tono! (Vase.)

ESCENA X

CARMELA, D. JUSTO y FLORO.

- FLORO. ¿No va usted á ver el mono?
- JUSTO. No: me quedo con usted.

- (Dejar á este majadero
con ella á solas aquí ...)
- ¿Mas qué me importa? ¡Oh! yo sí
que no sé ni aun lo que quiero.)
- CARMELA. (¡Si creerá este señor
—pues de tal modo se exalta—
que anhelo ni me hace falta
que su hijo me haga el amor!...
Yo, que acostumbrada vivo
á que de todo me sobre...
sin salir de aquí; este pobre
—cuyas protestas esquivo—
se pondrá á mis pies de hinojos
con simular que me ablando.
Ya que nos está observando
serán testigos sus ojos.)
Floro, ¿no toma usted asiento?
- FLORO. Noté que usted meditaba
y no he querido...
- CARMELA. Pensaba...
- FLORO. ¿En qué?
- CARMELA. En un pensamiento.
- FLORO. ¡Oh! Si tan dichoso fuese
que el pensamiento en cuestión
fuera aquel que en el balcón...
- CARMELA. Precisamente era en ese.
- FLORO. ¿En ese?
- CARMELA. Sí.
- FLORO. (¡Cielo santo!
¡Lo dudo y lo estoy oyendo!)
- JUSTO. (¡Qué papel estoy haciendo!
¡Mas lo que es yo no lo aguanto!)
- FLORO. Luégo... ¡Ay Dios!
- CARMELA. (¡Atrévete!)
- FLORO. Luégo... ¡Oh dicha encantadora!
Luégo...
- CARMELA. Luégo, no... ¡ahora!
- FLORO. Bien, ahora. ¿Me ama usted?
- JUSTO. (¡La muchacha es una viña!)
- FLORO. ¡Que me mata la impaciencia!

- CARMELA. Yo...
- JUSTO. (¡Lo que es en mi presencia
no coquetea esta niña!)
- CARMELA. ¡Florol...
- FLORO. ¡Pronuncie usted un sí
con esos sus labios rojos
y permita que de hinojos!...
- JUSTO. Señores, ¡que estoy yo aquí!
- CARMELA. ¡Ay! ¡Perdón!
- FLORO. ¡Dispense usted!
Pero, hijo, el amor es ciego...
- JUSTO. (¡No sé como no le pego
á este necio un puntapié!)
¿Así paga usted el tributo
á la amistad?
- FLORO. Me fascina,
y yo...
- JUSTO. Fiel á su doctrina,
pronto halló usted un sustituto
al novio que ayer cesó.
- CARMELA. Me quieren y... ¿qué he de hacer?
Ya que no he podido ser-
esposa de su hijo...
- JUSTO. ¡Oh!

ESCENA XI

Dichos y D. PÍO.

- Pío. ¡No he visto un mono más pillol!
¡A mí se me cae la baba
con él!... Ahora se quedaba
fumándose un cigarrillo
de Astrea: ¡es más zalamero!...
- FLORO. ¡Ya lo creo! ¡Una delicia!
- Pío. ¡Ah! ¿Sabe usted la noticia
que me ha dado el jardinero?
- FLORO. ¡La ignoro!
- Pío. ¡Me ha hecho infeliz!
Pues que al vecino de al lado,

- según dijo su criado, se le ha ido la codorniz.
- FLORO. ¿De veras? ¡Me alegro!
- PÍO. Y yo: así no presumirá.
- FLORO. Anda, que la busque ya.
- PÍO. Dicen que hacia aquí voló. Pero, hombre, ¿qué te sucede? (A Justo.)
Tú tienes algo, de fijo.
- CARMELA. Está pensando en su hijo.
- JUSTO. ¿No es verdad, don Justo?
¡Puede!
- (Juana aparece en la puerta del hotel.)
- JUANA. ¡La cena!
- PÍO. Pues al instante.
- CARMELA. ¿Os quedáis?
- JUSTO. Yo sí, otro rato.
- (Disponiéndose á seguir á D. Pío y Floro.)
- FLORO. Yo no.
- (Lo dicho: ¡aquí hay gato!)
- CARMELA. (Sentada en una mecedora.)
¡Jesús! ¡Qué poco galante es usted, señor don Justo!
¿Tan sola me deja aquí?
(Han desaparecido D. Pío y Floro. D. Justo dice lo primero versos desde la entrada al hotel, y se va aproximando conforme marca el diálogo.)

ESCENA XII

CARMELA y D. JUSTO. Después NORA y D. PÍO.

- JUSTO. ¿Tiene usted miedo?
- CARMELA. De mí más que de nadie me asusto.
- JUSTO. ¿Qué extraño—si eso es verdad—que yo su presencia esquive?
- CARMELA. Es que si bien se concibe y hablamos con lealtad, hay notable diferencia;



- que, cual antes le he indicado,
yo misma tras el pecado
me impongo la penitencia;
y pues yo purgo el delito
y á nadie causo dolor,
yo sí... me inspiro temor,
pero á los demás... maldito.
- JUSTO. (Me río yo de *Merlín*
oyendo á esta picotera...
Pero, nada, no hay manera...)
- CARMELA. ¿Me abandona usted al fin?...
JUSTO. He de escribir á la Habana,
y mañana...
CARMELA. Tiempo habrá.
¡Quién sabe lo que podrá
suceder de aquí á mañana!
- JUSTO. (No quiero oirla y la escucho.)
CARMELA. Vamos, ¡al cabo triunfó!...
¡Si me he empeñado en que usted
me quiera mucho!
- JUSTO. ¿Sí?
CARMELA. ¡Mucho!
JUSTO. ¿Por qué ese afán de alcanzar
mi cariño? ¿Es algún trono?
- CARMELA. Porque yo siempre ambiciono
lo que no me quieren dar.
JUSTO. (Este diablo de chiquilla
es buena ó mala por horas.)
CARMELA. ¿Habiendo dos mecedoras
prefiere usted una silla?
(Haciéndole sentar en la mecedora que habrá inmediata-
ta á la que ella ocupa.)
Aquí: y en suave vaivén,
meciéndonos á la par,
podemos los dos soñar...
- JUSTO. No, hija mía, me hallo bien
despierto; y no estando á solas
seria á usted ofensa grave.
(Pausa.—Ambos se mecen en su respectiva butaca.)
CARMELA. Parecemos frágil nave

columpiada por las olas.

JUSTO. Cierto.

CARMELA. En busca de emociones,

crucemos entre bonanzas

el mar de las esperanzas...

JUSTO. Que es el de las ilusiones.

CARMELA. Y siempre al dolor extraños,

hallaremos tiernas glorias

en el mar de las memorias...

JUSTO. Que es el de los desengaños.

CARMELA. No obstruya usted mi carrera,

y empecemos á bogar;

es decir, á recordar...

JUSTO. Recuerde usted cuanto quiera.

CARMELA. Cuatro años han transcurrido

—esto era el setenta y siete—

desde que un joven cadete,

tan formal cual distinguido,

de amores me requirió;

y yo acepté sus amores...

como aceptara esas flores

que usted me ofreciera.

JUSTO. ¡Oh!

CARMELA. Niña al par que veleidosa,

ni su amor supe apreciar,

ni nunca llegué á pensar

que pudiera ser su esposa.

Y el tiempo pasando fué,

hasta que al fin se enteró

papá, y al joven habló

diciéndole no sé qué.

Lo cierto es que al otro día

yo un billete recibí,

que, aunque el caso es raro en mí,

recuerdo que así decía:

«Por pobre me han despreciado,

y á tu amor me sacrifico:

si logro fama y soy rico,

volaré amante á tu lado.

Ten en mi cariño fe

- y espera, Carmela mía.»
 JUSTO. ¿Conque todo eso decia?
 Y á mí ¿qué me cuenta usté?
 CARMELA. Es que, según yo colijo,
 su hijo...
 JUSTO. ¡Es error profundo!
 ¿No ha habido acaso en el mundo
 más cadetes que mi hijo?
 CARMELA. ¡Por Dios!...
 JUSTO. Y después de todo,
 aunque él sea aquel cadete
 que el año setenta y siete
 amaba á usted de tal modo,
 ¿cómo puede usted pensar
 que tras de tan larga ausencia
 aun dure aquella vehemencia?—
 Por si puede usted juzgar,
 aunque usted nunca ha querido.
 Lejos, ausente el amor,
 ¿no es cierto que es de rigor
 é ineludible el olvido?
 CARMELA. Cuando nos da ejemplo el hombre.
 JUSTO. Pues Germán...
 CARMELA. ¡Germán!... No entiendo...
 ¿Se llama?
 JUSTO. ¿Lo está usted viendo?
 Ha olvidado usté hasta el nombre,
 (Con cierta indignación.)
 CARMELA. He tenido tantos...
 JUSTO. ¡Sil!...
 CARMELA. ¡Yo soy franca!...
 JUSTO. Ya lo sé.
 CARMELA. ¡Ay, hijo!... ¿Qué quiere usté?...
 si yo... vamos... ¡soy así!
 JUSTO. Me tiene ya sin cuidado
 que sea usted *así* ó *asá*,
 porque, francamente, ya...
 (Pausa.—Continúa meciéndose.)
 CARMELA. ¡Vamos!... ¿á que no es casado?
 (Con cierta gracia picaresca.)

- JUSTO. ¡Eh!
- CARMELA No mienta usted, don Justo. Y
- JUSTO. ¿Porque á usted no le conviene?
Pues lo es; ¡y además tiene
un muchacho muy robusto!
- CARMELA. ¡Dale! (Mortificada por lo que oye á D. Justo.)
- JUSTO. Que es un dón del cielo,
un encanto, un serafin;
rollizo, fresco, y... en fin,
un retrato de su abuelo.
- CARMELA. Y ella será más *negrucha*...
y más...
- JUSTO. No tal; ¡cosa buena!
Su esposa es una morena
con mucha gracia.
- CARMELA. ¿Si?
- JUSTO. Mucha.
De ojos negros, brillantes,
que en Germán se miran...
¡Ya!
- CARMELA. ¡Ya!
- JUSTO. ¿Piensa usted que por allá
abundan los comandantes?
Y un comandante español,
joven, apuesto y valiente,
si se le pone en la frente
esclaviza al mismo sol.
- CARMELA. Alguna que no es ni estrella
lucharia con tan bravo
don Juan, y quizá el esclavo
fuera entonces él.
- JUSTO. O ella.
- CARMELA. Bien se ve, pues sin recelos
se expresa en esta ocasión,
que habla en usted la pasión
horrorosa de los celos.
- JUSTO. ¿Yo celos?
- CARMELA. ¡Vaya!
- JUSTO. ¿Y por qué?
- CARMELA. ¿Qué tonterial! ¿Qué tonterial!
Los que su hijo tendría

- se reflejan en usted.
Y si á luchar me resuelvo...
Será inútil.
(¿Te acaloras?...)
(Con mucha intención.)
- JUSTO.
CARMELA.
Mire usted á las mecedoras:
cuando usted viene, yo vuelvo.
(Meciéndose en dirección contraria.)
- JUSTO.
Bien; pues usted lo verá.
(Siento haberla provocado.)
(Aparece en una de las habitaciones D. Pío, y dice.)
- Pío.
¿Es casado, ó no es casado? (A D. Justo.)
JUSTO.
¡Es un demonio! (Muy incomodado.)
Pío.
¡Ja! ¡ja!
(Se ponen á hablar reservadamente D. Justo y Carmela.
D. Pío en la habitación de su señora.)
- Pero (no pensáis venir (Dirigiéndose á los dos.)
á acostaros? ¡Qué capricho!
De los dos.)
- CARMELA.
¿Conque lo dicho? (A D. Justo confidencialmente.)
JUSTO.
Lo dicho:
es que yo me pienso ir
muy pronto. Ya he terminado
mis cosas.
- CARMELA.
¡No se irá usted
tan pronto!...
- JUSTO.
¿Que no? ¿Por qué?
- CARMELA.
Porque yo quiero á mi lado
quien mis defectos corrija.
- Pío.
¡Hola! (A su mujer desde la habitación.)
NORA.
Quita: ¡no me muevas!
Pío.
¿Qué haces?
NORA.
Corrigiendo pruebas.
JUSTO.
(Con gran admiración y aparte.)
(¡Y no corrige á su hija!)
NORA.
¡Jesús! ¡Qué ignorantes!
Pío.
¡Eh!...
- ¿Qué es eso que te alborota?
NORA.
Que me han puesto hijo con jota
y yo lo he escrito con *ge*!...
JUSTO.
(A Carmela confidencialmente.)

Pero usted ha perdido el seso,
ó piensa usted que yo ignoro
que el de ayer y el mismo Floro...

CARMELA. ¿Quién hace caso de eso?
¡No le dé á usted pesadumbre!

JUSTO. ¡No tall!

CARMELA. Voy á retirarme:
porque yo antes de acostarme
tengo la mala costumbre
de leer un rato. Adiós.
Y no escriba usted á la Habana
esta noche, que mañana
ya escribiremos los dos. (Vase.)

ESCENA XIII

D. JUSTO, NORA en su despacho escribiendo, y PÍO á su lado como
quitándole los papeles.

Pío. Mira, no trabajes más:
Acuéstate, que ya es hora.

NORA. ¡Falta poco!

Pío. ¡No, señora,
porque esto ya es por demás!
(Quitándole los papeles y cerrando, cuando termina el
verso, las ventanas.)

ESCENA XIV

CARMELA, JUSTO y FLORO.

JUSTO. Si aquí me estoy mucho tiempo,
es capaz esta chiquilla
de hacerme ver que es de noche
á la luz del medio día.

CARMELA. Así, que esto se ventile.
(Abriendo la ventana de su habitación.)

JUSTO. ¡Hola! ¡Qué jaula tan linda
tiene usted!

CARMELA. (Con un libro en la mano.)

- Pero al fin jaula,
 en la que vivo cautiva.
 (Se retira al fondo y se pone á leer.—Aparece Floro se-
 guido de D. Pío, que sale á despedirle por la puerta
 del hotel.)
- FLORO. No, no salga usted, don Pio:
 si yo sé bien la salida.
- PÍO. ¡Pues adiós, querido Floro!
 (Retirándose.)
- FLORO. ¡Afectos á Carmencita!
- JUSTO. ¡Calle! voy á divertirme
 un rato con este *quidam*,
 y hago un favor á Carmela
 de paso. ¿Ya se retira
 usted? (Dirigiéndose á Floro.)
- FLORO. Si usted no me manda
 otra cosa...
- JUSTO. Hombre, quería...
 ¿Fuma usted?
- FLORO. Si no es más que es eso
 lo que usted quiere, en seguida.
 (Dándole un cigarrillo á D. Justo.)
- JUSTO. Pues bien, yo he visto á usted antes...
 ¿Me da usted una cerilla?
- FLORO. ¡(Qué gorriones son algunos!)
 (Dándole la cerilla.)
- JUSTO. Es el caso que esa niña...
- FLORO. ¿Qué niña?
- JUSTO. ¡Carmen!
- FLORO. Ah! ¡Vamos!...
- JUSTO. A cuyo amor usted aspira,
 según juzgar he podido
 al verle antes de rodillas...
- FLORO. ¡Porque la adoro! Adelante.
- JUSTO. Se encuentra comprometida
 hace ya tiempo.
- FLORO. No es cierto.
- JUSTO. Mentira.
- FLORO. ¿Cómo?
- FLORO. ¡Mentira!
- JUSTO. Hombre, sea usted más culto.
- FLORO. Es que yo...

- JUSTO. Como decía
Carmen no se pertenece.
- FLORO. Permita usted que le diga
que me pertenece á mí
por derecho de conquista.
Yo he desbancado á un rival
á quien dió la cesantía
ayer..
- JUSTO. Y usted ni siquiera
llegará, por su desdicha,
á temporero.
- FLORO. ¡Jaja! ¡jaja!
¡Vaya!
- JUSTO. ¿Eh? ¿Qué significa?..
- FLORO. Ya he tomado posesión.
- JUSTO. ¡Pillin!
- FLORO. ¿Usted qué creía?
Pero bien, ¿quién es el hombre
que á Carmen el sueño quita?
¿Qué apostamos que es usted?
Yo mismo, si..
- JUSTO. ¿Usted delira!
- FLORO. ¿Por qué ¡Porque soy un viejo!
- JUSTO. Pues aun se me encandilan
los ojos viendo otros ojos
de esos que el alma electrizan.
¿Cree usted que aquí no hay fuego?
(Señalándose el corazón.)
Porque ve usted esta ceniza? (Idem la cabeza.)
- FLORO. Es imposible que Carmen
que le dejo á usted *per istam*.
- FLORO. Bien: mañana lo veremos.
- JUSTO. Son azares de la vida.
Vaya usted pensando en otra,
porque esta ya es cosa mía. (Vase foro.)
¿Qué mosca lleva el pobrete!
Al fin protector de lilas.

ESCENA XV

DON JUSTO, DON PIO, JUANA en la habitación de CARMELA,
que se ha quedado dormida.

Pío. Oye: ¿piensas pernoctar
en el jardín? (A Justo.)

JUSTO. Ya me iba.

Pío. Bueno; pues vamos adentro.

JUSTO. ¿Te estorbo acaso? ¡Qué prisa!

Pío. ¡Hombre, por Dios! ¡Vamos, vamos!
(Haciéndole entrar a fortiori.)

(Tengo aquí una idea fija.)

Apagaremos las bombas

y cerraré.

(Aparece Juana en la habitación de Carmela.)

JUANA. Señorita!

¡Despierte usted! Se ha dormido,

y se va a quedar más fría.

¡Por qué no se va a la cama?

Usted es una sensitiva,

y... y...

CARMELA. Déjame. (Sonolienta.)

JUANA. ¿Quién la mueve?)

¡Cierro aquí? (A Carmela señalando la ventana.)

CARMELA. No, no.

JUANA. (Pues hija,

que con tu pan te lo comas:
yo me voy a mi camita.) (Cierra y vase.)

ESCENA XVI

DON PIO solo. Los otros personajes cuando lo marque el diálogo. Sa-
le sigilosamente recatándose de todo, con un reclamo de codorniz
y una red.

Pío. Dicen que hacía aquí voló,
y si en el jardín está,
mía esta noche será
la codorniz, ¡no que no!

A tales horas habría
quien de loco me tachara;
pero la noche es muy elara
y yo no espero hasta el día;
porque pudiera su amo
verme, y era hombre perdido.

Además, ahora no hay ruido
y mejor se oye el reclamo.
Ea, pues, sobre estas matas
tenderé la red. Así.

(A la izquierda, tendiéndola. Principia á toear el reclamo.)

¿Eh?... ¿Qué ruido?... ¡Ah! no: creí
que era ella, y son las gatas
que juegan. (Toca nuevamente, y después de escuchar dice.)

Me he colocado
contra el viento, y claro está:
aunque quiera no oirá.

Voy á ponerme á este lado.

(Tendiendo la red á la derecha y ocultándose entre
unas matas. Toca nuevamente el reclamo.)

¿Eh? Si soy lo más experto...
(Se oye el canto de la codorniz.)

Creo que ya contestó.

¡Ya viene!... ¡Ya viene!...

(Aparece Alberto rasando el ángulo de la pared mirando con recelo á todos lados.)

ALBERTO.

¡Oh!

¡Nadie!

(Empuja las vidrieras del cuarto de Carmela. Abrense éstas y se ve á Carmela dormida.)

¡Y el balcón abierto!

¡Animo! A sus brazos corro.

(En este momento se oyen los ladridos de un perro que se supone hace presa en Alberto. Este se retira huyendo del perro, que le va persiguiendo hasta que se extinguen los ladridos. D. Pío, asustado por el ruido, huye por la derecha dando voces. Nora y Carmela aparecen en las ventanas de sus respectivos cuartos. Nora con una vela

en la mano. Óyese un tiro lejano, y á poco sale Justo por la puerta del hotel con una escopeta en la mano. Ve al perro, y llamándole y acariciándole, coge el pedazo del faldón que llevará en la boca.— Léase la nota que va al final de la obra.)

- ¡Chuchó! Chuchó!
 Pio. ¡Eh? ¡Quién va?
 ¡Anselmo! ¡Justo!
 CARMELA. ¡Papá!
 NORA. ¡Pío! (Suenan el tiro.)
 CARMELA. ¡Qué es esto?
 NORA. ¡Socorro!
 CARMELA. ¡Mamá!
 JUSTO. ¡No hay miedo; ya lleva el ladrón su merecido!
 CARMELA. Pero ¿quién?
 NORA. ¡Y mi marido?
 JUSTO. ¡Toma!... ¡La prueba!... ¡La prueba!... (Al perro.)
 NORA. ¡Pío!
 Pio. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Ladrones!
 NORA. ¡Jesús!
 CARMELA. (¿Qué es eso, papá?)
 Pio. Nada, hija mía, que ya he cazado perdigones.
 (Cuadro y telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

D. JUSTO y JUANA.

- JUSTO. Vas á decir la verdad,
porque á mí no me la pegas.
- JUANA. Pero...
- JUSTO. Desde que te vi
tomando café con media
tostada...
- JUANA. ¡Vaya una cosa!
eso lo toma cualquiera.
- JUSTO. Café solo, mucha gente;
con tostada, vulgo *suela*,
lo toman viudas, cesantes,
buscavidas y doncellas
de servir, que más que á su amo
sirven á la Orden Tercera.
Conque no andes con rodeos
y á mis preguntas contesta.
¿Quién es el que vino anoche?
- JUANA. Un ladrón.
- JUSTO. Si que lo era;
pero no vino buscando
el oro.

- JUANA. (¿Cómo sospecha?...)
- JUSTO. Es decir, buscaba oro, más no por ese sistema.
- JUANA. Como este hotel que habitamos se halla casi en las afueras de Madrid, y está tan solo... ¿que extraño es que se atreviera?... Además, como que el amo se marchó de caza...
- JUSTO. ¡Ah, pécora!...
¿Y como sabía eso el ladrón?
- JUANA. Ellos se enteran...
- JUSTO. ¡La cara te vende!... (Mirando fijamente á Juana.)
- JUANA. ¡Yo!...
- JUSTO. ¡Tú eres cómplice! ¡Confiesa!
- JUANA. ¡Ay Dios mío de mi alma!
- JUSTO. ¿Es posible que usted crea?...
¡Di la verdad!
- JUANA. (Después de dudar un momento.)
La verdad es que yo no hice la seña.
- JUSTO. ¡Cuando digo!... ¿Y quién es él?
- JUANA. Don Alberto.
- JUSTO. ¡Ah, buena pieza!
¿Ese á quien el otro día dió calabazas Carmela?
- JUANA. El mismo. ¿Usted le conoce?
- JUSTO. Le vi; pero ahora me pesa no haberme fijado bien.
- JUANA. Pues él á usted le recuerda.
- JUSTO. ¿Por qué?
- JUANA. Cuando fui á su casa antes, con la orden expresa de que me diera las cartas de mi señorita...
Cuenta.
- JUSTO. Cuenta.
- JUANA. Me preguntó si aun estaba usted en Madrid.
- USTO. (Lance fuera

que este Alberto fuese el mismo.
¿Dónde vive?

JUANA. Aquí, muy cerca.

JUSTO. ¿Y te dió las cartas?

JUANA. No.

JUSTO. Bueno; pues yo iré por ellas.

JUANA. Hace una ciertos papeles.

Yo le ayudaba en su empresa,
porque...

JUSTO. Concluye: ¿por qué?

JUANA. ¡Ay! pero que no se sepa.

Porque me enseñó una carta

de mi señorita, en que ella

le citaba para anoche

JUSTO. ¡Imposible!

JUANA. Vi su letra.

JUSTO. (Eso sería ya el colmo...)

JUANA. No le cause á usted extrañeza.

La señorita es así.

vamos, así, muy... ¡veleta!...

JUSTO. ¡Hable usted con más respeto!...

JUANA. ¿Pues trato yo de ofenderla?...

JUSTO. ¿Qué hace tu amo?

JUANA. Curándose.

JUSTO. ¿Y tu señora?

JUANA. En la imprenta.

Como están tirando el libro.

JUSTO. Eso es lo que hacer debieran;

tirarle. ¿Y tu señorita?

JUANA. La pobre ha pasado en vela

toda la noche, y ahora

creo que no esté despierta.

¿Se le ofrece á usted algo más?

JUSTO. ¡Nada!

JUANA. Pues con su licencia... (Hace medio mutis.)

¡Ah! ¿Qué te ocurre?

JUSTO. ¿Qué te ocurre?

JUANA. Que conste,

y perdone si soy terca,

que yo no hice la señal.

- JUSTO. Pero ¿qué señal es esa?
- JUANA. ¡Toma! La que convinimos don Alberto y yo.
- JUSTO. ¿Y ¿cuál era?
- JUANA. Cuando todos en la casa tranquilamente durmieran, hacer sonar yo un reclamo de codorniz.
- JUSTO. ¡Gran ideal ...
- JUANA. Pues fué mía.
- JUSTO. Ya sé que eres en estos lances maestra.
- JUANA. Pero lo que no me explico ¿como tuvo la torpeza de venir sin yo avisarle?
- JUSTO. Pues... ¡Ah, qué coincidencia! Por cazar la codorniz del vecino, ese... babieca...)
- JUANA. ¿Quién tocaría el reclamo?
- JUSTO. El demonio. (Muy incomodado.)
- JUANA. Tal vez fuera ese señor, porque hay cosas que el mismo demonio ehreda. (Vase.)
- ESCENA II**
- D. JUSTO y PÍO: después JUANA
- JUSTO. ¡Si que hay cosas en el mundo que uno no cree á no verlas!
- PÍO. ¡Verdugo!... He aquí tu obra. (Quejándose.) ¡Mirame!
- JUSTO. ¿Cómo te encuentras?
- PÍO. Hombre, ¿cómo he de encontrarme? Sin poder mover las piernas: ¡Si me has hecho una descarga cerrada!
- JUSTO. Chico, dispensa; yo vi un bulto que iba huyendo y entre voces y entre gresca

- Justo. oí: ¡ladrones! ¡ladrones!
- Pío. y sin andarme en pañemas
disparé...
- Justo. ¡No digas simplezas!
- Pío. En caso tal, ¿quién se para?
¡Mal haya mi suerte negra!
- Justo. Esto no le pasa á nadie
más que á mí.
- Pío. Si, quizá tengas
razón.
- Justo. ¡Venir un amigo
desde muy lejanas tierras
con el exclusivo objeto
de pegarme un tiro!
- Pío. ¡Aprieta!
- Justo. Repito que me perdones!
- Pío. Con mayor gusto lo hiciera
si al verdadero ladrón
le hubieses muerto.
- Justo. Tú piensas...
que era un ladrón?
- Pío. Ya lo creo!
- Justo. Pues yo, como tengo pruebas
de que el sujeto en cuestión
quiso robarte una prenda
que no se compra con oro
ni se recobra al perderla...
¿Qué estás diciendo?
- Justo. Te digo
que el tal no es lo que sospechas.
- Pío. ¿Y tienes pruebas de ello?
- Justo. Fehacientes y concretas;
gracias á tu buen Leal,
que, constante centinela
y fiel *guardián de la casa*,
dió á tiempo la voz de alerta.
É hizo más, pues furioso
en el bandido hizo presa

- y se trajo entre los dientes este pedazo de tela. (Dándole un pedazo de tela que sacará del bolsillo.)
- Pío. A ver?
- JUSTO. Mirale despacio, por si acaso te recuerda el chaquet de algún amigo de los que tu hotel frecuentan.
- Pío. (Examinando dicho pedazo y como recordando.) ¡Estos cuadros... si, no hay duda, y estas rayas son idénticas!
- JUANA. (Que trae una carta en la mano y se la da á D. Justo.) Una carta para usted.
- JUSTO. Dame.
- JUANA. Acaban de traerla. (Vase.)
- JUSTO. De la Habana; de mi hijo!
- Pío. ¿Está bueno?
- JUSTO. A ver; espera. (Abiéndola.) Sí, sigue bien. ¡Eh! ¿qué dice? «En breve veré á Carmela.»
- Pío. (Esto es del chaquet de Florio!)
- JUSTO. (No querrá Dios que él la vea. Si á mi, que ya soy un viejo, me fascina y me embelesa y me hace creer que es santa, siendo un diablo en toda regla; ¿qué sería á mi Germán? Nada; ya es cosa resuelta.) Salgo hoy mismo para Cádiz.
- Pío. ¿Has tenido malas nuevas?
- JUSTO. Sí; la mujer de mi hijo está gravemente enferma, y ya ves...
- Pío. Tú no te marchas hasta dejarme en completa salud, según me encontraste.
- JUSTO. Si no puedo: el caso apremia. Le pondré ahora un telegrama, y...
- Pío. Pero, hombre, ¿qué impaciencia!

- JUSTO. (De paso verá si Alberto le da el pedro á mi las cartas me entrega.)
 Pío. ¿Y no acabas de explicarme?... (Por el pedazo.)
 ¿Quieres decirme qué prenda vino á robarme ese hombre á tal hora?
 JUSTO. ¿No lo aciertas?
 ¿Pues no tienes una hija?
 (Vase izquierda; se encuentra con Floro: ambos se saludan.)
 Pío. ¡Ah, infame! ¡si le cogiera!... (Comprendiéndolo todo.)

ESCENA III

PÍO y FLORO.

- FLORO. Señor don Pío!...
 Pío. (¡Aquí está!...)
 FLORO. ¿Se ha descansado?
 Pío. Muy bien! (Irónico.)
 FLORO. Lo celebro: yo también he dormido mucho.
 Pío. ¡Ya!
 FLORO. ¿Usa usted un tono tan raro?
 ¿Ocurre alguna desgracia?
 Pío. ¡No! ¡Cala!... Si á mi me hace gracia recibir cualquier disparo!
 FLORO. ¿Cómo! ¿Le han cazado á usted?
 Pío. Casi.
 FLORO. ¡Deje que me asombre!
 Pío. Mas le juro, por mi nombre, que muy pronto cazaré al que cazarme ha intentado; mejor dicho, ya le tengo á tiro.
 FLORO. ¿Si? Pues yo vengo...
 Pío. (¡A ser aquí escabechado!)
 FLORO. (¡Que diantre! estoy decidido, ya que la ocasión convida...)
 Pío. (En la lucha sostenida,

- el perro le habrá mordido.
Veré dónde.)
- FLORO. (El cielo haga
que antes la voz no me falte.)
¿Don Pío?
- Pío. (He de hacer que salte
poniendo el dedo en la llaga.)
¡Hombre, qué lindo bastón!...
- FLORO. (Floro.)
- FLORO. ¿Le gusta á usted?
- Pío. Es muy bonito,
muy caprichoso...
- FLORO. Un pollito
saliendo del cascarón.
- Pío. Y es muy fuerte, aunque delgado.
- FLORO. ¡Vaya!... ¡Caracoles!
(Al primer bastonazo que le da D. Pío. Este juego se
repite las veces que marca el diálogo.)
- Pío. ¿Eh?
- FLORO. ¿Que es eso, le duele á usted?
- Pío. No, señor... (Me ha señalado.)
Me he de comprar otro igual.
¡Que ligero y que flexible!
- FLORO. ¡Caramba! (¡Es irresistible!)
- Pío. ¿Le he hecho á usted daño?
- FLORO. No tal.
- Pío. Lo que es para el polvo...
- FLORO. (¡Atiza!)
- Pío. No se halla cosa mejor.
Mire usted.
- FLORO. ¡Ay! (Pues, señor,
me está dando una paliza.
Pondremos tierra por medio.)
- Pío. (¿Saldria ileso en la lucha?)
- FLORO. Decía que .. (¡Ni aun me escucha:
está loco, no hay remedio!)
No me juzgue usted atrevido
si le hago una petición.
(Examinando el pedazo de tela que le dió D. Justo.)
- Pío. (Si: el pedazo es del faldón...

- Ya se dónde le ha mordido.)
- FLORO. Don Pio, decía que.
- Pío. (Ahora mismo lo veremos.)
- FLORO. Siéntese usted y hablaremos.
- Pío. Pero...
- FLORO. (Sentando á la fuerza á Floro.)
- Pío. Que se siente usted.
- FLORO. ¡Ay!
- Pío. ¿Se resiente la herida?
- FLORO. Si yo no tengo ninguna.
- Pío. ¿Pues no tenía usted una,
- FLORO. efecto de la caída?
- Pío. No, señor.
- FLORO. Más vale así.
- Pío. Digo que mi alma cautiva,
- FLORO. pudorosa sensitiva
- Pío. que crece dentro de mí,
- FLORO. sufre tormento cruel
- Pío. y ser trasplantada anhela
- FLORO. al corazón de Carmela,
- Pío. que es de gracias un verjel.
- FLORO. ¿Cómo?
- Pío. Lo que usted oyó.
- FLORO. Carmela mi pecho inflama
- Pío. ¿Y ella?
- FLORO. Creo que me ama;
- Pío. y así me lo demostró
- FLORO. al darme, con tierno afán,
- Pío. prenda que aquí guardaré.
- FLORO. Pero, hombre, ¿se atreve usted?
- Pío. Como otros se atreverán.
- FLORO. Yo soy honrado, y le fio
- Pío. que haré feliz á Carmela.
- FLORO. ¡Mire usted! (Mostrándole el pedazo de tela.)
- Pío. ¡Cómo! Esa tela
- FLORO. parece de un chaquet mio.
- Pío. ¿Si?
- FLORO. Si tal; no me equivoco!
- Pío. (¡Y lo confiesa el menguado!)
- FLORO. ¡Traidorzuelo!

- FLORO. ¿Qué le ha dado?
- Pío. (Nada: lo dicho; está loco.)
- FLORO. Salga usted al punto de aquí.
- Pío. (Pero, señor, ¿qué le pasa?)
- FLORO. No vuelva usted á esta casa, ó se ha de acordar de mí.
- Pío. Exija una explicación.
- FLORO. ¿So títtere!...
- Pío. ¿Qué soez!...
- FLORO. ¿Qué grosero!
- Pío. ¿Y otra vez
- FLORO. cuide usted más del faldón!
- Pío. Esta es la prueba...
- FLORO. ¡(Estoy muerto!)
- Pío. De su proceder alevé!
- FLORO. ¡Ah! ya comprendo: aquí debe andar la mano de Alberto.
- Pío. Como yo de caza fui... y como que Alberto abusa de mi carácter, y usa mis prendas...
- FLORO. ¿Si, eh?
- Pío. Pues sí.
- FLORO. No quiera usted disculparse.
- Pío. (Y era un chaquet nuevécito.)
- FLORO. Me marchó, mas le repití que esto tiene que aclararse.
- Pío. ¿Aún más?
- FLORO. Yo soy inocente, y así lo demostraré; pero, hombre, como otros se agreden, yo volveré pronto.
- Pío. (Vase.)
- FLORO. Corriente.

ESCENA IV

D. PÍO: después CARMELA.

- Pío. ¡Haga usted lo que yo hago!
- FLORO. ¡Fiese usted de estos chicos!
- Pío. ¡Proteja usted á los míos!

- para encontrar este pago!
- CARMELA. ¡Jesús...! ¡qué voces, papá!
- ¿Qué ocurre? ¡Me has dado un susto!
- ¿Has reñido con don Justo
- acaso?
- Pío. No: ven acá:
- yo soy duchó en estas lides,
- y que le olvides reclamo.
- CARMELA. ¿A Germán? ¡Ay, si le amo!
- Pío. Pues te digo que le olvides.
- CARMELA. Es que...
- Pío. ¿Qué amigo tan fiel!
- CARMELA. Mi amor por instantes crece.
- Pío. Ese hombre no te merece.
- CARMELA. Yo no le merezco á él!
- Pío. Pero, hija, ¿has perdido el tino?
- ¿Sabes lo que hablas?
- CARMELA. ¡Y tanto!
- Pío. Con su carita de santo
- resulta ahora un libertino:
- Tú no sabes el ardid
- de que quería valerse.
- CARMELA. Anoché llegó á atreverse.
- ¿Qué escucho! ¿Está ya en Madrid?
- Pío. Pues no hace tiempo.
- CARMELA. Lo ignoro:
- mejor dicho, lo ignoraba.
- Pío. Y ahora de marcharse acaba
- de aquí
- CARMELA. ¿Germán?
- Pío. ¿Germán? ¡Floro!
- CARMELA. ¿Quién habla de ese inocente?
- Pío. Él, que ha un instante me dijo...
- CARMELA. Yo hablo de Germán:
- Pío. ¿Deh hijo!
- CARMELA. Pues, justamente.
- Pío. Pero, mujer, ¡si es casado!
- CARMELA. Y dale... que no hay tal cosa.
- Pío. Por más señas que su esposa

- se encuentra en muy grave estado,
y Justo se quiere ir.
- CARMELA. ¿Cómo? ¿que se va?
- Pío. En seguida.
- CARMELA. Por Dios, papá de mi vida,
tú no le dejes salir.
- Pío. Dile que dé mi no dude.
- Pío. que es de Germán mi alma entera!...
- Pío. Pero, hija, aguarda si quiera.
- CARMELA. ¿A Germán?
- Pío. Pues que ese muchacho envía.
- CARMELA. No he dicho que son engaños?
- Pío. Mas cuándo te ha visto él?
- CARMELA. Si es el cadetillo aquel que
que despreciaste hace años.
- Pío. ¿Qué dices?
- CARMELA. Pero, hijo, lo que has oído.
- Pío. Pues me luci por mi nombre.
- CARMELA. Hoy aquel niño es un hombre!
- Pío. Ya lo creo que ha crecido.
- CARMELA. de cadete á comandante.
- Pío. ¿Y ahora tú quieres que yo
de que desprecie á su hijo?
- CARMELA. Ay, papá, anoche llegó á atreverse.
- Pío. Eso es denigrante.
- CARMELA. Digo! Y que Justo sabrá
que yo desprecie á su hijo!...
- Pío. Nada, nada: no transijes.
- CARMELA. Ahí tienes á tu mamá.

ESCENA V

- Dichos y doña NORA, que trae en la mano un ejemplar de *El Bodegón*.
- NORA. Llegas en buena ocasión:
tú, que tienes más talento...
- NORA. Realicé mi pensamiento:
Mira, mira *El Bodegón*.
- NORA. Ahora vengo de la imprenta.
¿Qué edición más elegante!
- NORA. Veréis cómo en el instante

- se agota: hoy sale á la venta.
- Pio. ¡Bien, si: todo eso es verdad!...
De lo que se trata ahora...
- NORA. ¿Qué me importa?
- CARMELA. Si, señora,
que es de mi felicidad.
- NORA. ¿Cómo?
- Pio. Carmen, por su gusto,
quiere tomar nuevo estado...
- NORA. ¿Y quién es el agraciado?...
- CARMELA. Germán.
- Pio. El hijo de Justo;
¡un muchacho comandante,
muy guapo y muy distinguido!
¡De un presente muy lucido...
y un porvenir muy brillante!
- NORA. Yo no aplaudo la elección;
pero en mis principios fija,
no puedo, aunque eres mi hija,
mandar en tu corazón.
Por lo tanto, te bendigo
si así dichosa has de ser.
- Pio. Bueno; pero es menester
que tú le hables á mi amigo.
- NORA. ¿Para qué? ¿Pues lleva á mal
esta unión? ¿No le conviene?
- CARMELA. No, no, señora; es que tiene
un genio muy especial.
- NORA. Es algo grosero, si;
mas yo no me mezclo en nada:
harto hago en estar callada,
juzgando indigno de ti
que, cubriéndote de oprobio,
tú, que eres tan altanera,
vayas, como una cualquiera
á solicitar un novio.
- Pio. Mira, eso es verdad: yo siento...
- CARMELA. ¿Ya dudas?...
- Pio. ¡Por vida de!...
- CARMELA. Bueno: pues me encerraré

- para siempre en un convento.
 ¿Ahora crees vergonzoso hablar?
- Pio. ¡Voto á Belcebú!
- CARMELA. ¿Y te olvidas de que tú menospreciaste orgulloso al joven cuya carrera no podías apreciar, dando con ello lugar á que de mi lado huyera? Mas no importa, sufriré... me matarán los dolores; pero ..
- Pio. Cállate, no llores; no llores, que le hablaré.
- CARMELA. ¡Ay! ¿Si? ¿De veras? ¿Qué gusto!
- NORA. Mal hecho... Yo callaría.
- Pio. Uso de mi autonomía; ¿lo entiendes? ¡Vaya!...
- CARMELA. ¡Ay! don Justo...
- NORA. Pues me marchó.
- Pio. Quédate.
- NORA. ¿Que no!
- Pio. Debes, en conciencia, oír nuestra conferencia.
- CARMELA. Yo desde allí la oiré. (Vase.)

ESCENA VI

D. PIO, doña NORA y D. JUSTO.

- JUSTO. (¡Él era! ¡Qué absorto y frío al mirarme se quedó, y cómo se apresuró á darme las cartas!...) ¡Pío!... si algo tienes que mandar á la Habana...
- NORA. (Se quiere ir...)
- Pio. ¡Hombre, basta de fingir!...
- JUSTO. ¡Cómo!

- Pío. ¡Qué te has de marchar!
- JUSTO. ¿Ignoras que causas graves?...
Pío. Lo sé todo.
- JUSTO. ¿Has descubierto
al de anoche?
- Pío. Si, por cierto;
pero sé más.
- JUSTO. ¿Pues qué sabes?
- Pío. Todo: pégame un cachete.
- JUSTO. Pero, hombre...
Pío. ¡Pégamele!
- Yo al muchacho desprecié
cuando era sólo cadete.
Yo fui muy necio, muy loco
—confieso mi tontería—
pues al que tanto valía
le creí entonces muy poco.
Pero disculpa halle en ti
el ser padre, y que quisiera
que el que á mi Carmen se uniera
fuese un rey ó cosa así.
- JUSTO. Eso en nadié es de extrañar.
- Pío. Cierto.
- JUSTO. Ni en pobres ni en ricos.
- Pío. Pues casemos á los chicos,
y pelillos á la mar. (Movimiento de Justo.)
¡No, no me vengas ahora
con la mentira pasada!...
Carmela ya está enterada,
y te advierto que le adora.
- JUSTO. Pues bien; ya que hablar es fuerza,
hablaré si así lo quierés;
pero—oye aparte—no esperes
que mi voluntad se tuerza.
- Pío. ¿Por qué?
- JUSTO. Carmela es honrada,
mas, aunque oirlo te aflija,
Germán no se une á tu hija...
porque está mal educada.
- Pío. ¿Oyes, Nicánora?



NORA.

Pío.

Que no tiene educación
Carmela.

NORA.

¡Qué decepción!
¡Qué insulto!

JUSTO.

Me explicaré,
y ustedes jueces serán,
y dirán—sin que se alarmen—
si, aunque vale mucho Carmen,
la merece mi Germán.
Un día... ya se han pasado
cuatro años, recuerdo bien,
pues de la suerte á un vaivén
yo me encontraba arruinado,
con la voz entrecortada
mi Germán saber me hizo
la esclavitud de su hechizo
por tu Carmela adorada.
«Somos muy pobres—le dije—
y aunque te mate el dolor,
renunciar á tal amor
hoy la dignidad te exige.
Pero si Carmen te ama,
si á tu cariño sincera
mantiene viva la hoguera
que tu ardiente pecho inflama,
puesta la esperanza en Dios
—libres de duelos profundos—
vámonos por esos mundos
á ganárnosla los dos.»
Y así fué: á Cuba nos fuimos,
y desde que allí llegamos,
no diré lo que inventamos
ni lo que los dos sufrimos;
pues fija en nuestra memoria
Carmen, hicimos proezas,
yo atesorando riquezas,
y él atesorando gloria.
Y todo esto, ¿para qué?
¿para qué tanto quebranto?



Para hallar el desencanto
 que por mi desdicha hallé.
 Irascible, caprichosa,
 y tenaz y *archicoqueta*,
 más que mujer es veleta
 tu Carmela candorosa.
 Y calumniarla no creo
 al criticar tal mudanza:
 «donde muere una esperanza
 brota para ella un deseo:
 no lo puede remediar,
 pues por deducción forzosa,
 cuando consigue una cosa
 la comienza á despreciar.»
 Y, en fin, tal pago dió al hombre
 que á ella se ha sacrificado,
 que por haber olvidado
 ha olvidado hasta su nombre.
 Ahora ustedes juzgarán,
 y digan—sin que se alarmen—
 si aunque mucho vale Carmen
 la merece mi Germán.
 Pío ¡Bueno! Tú tienes razón;
 lo confieso, aunque me duela;
 mas ¿prueba eso que Carmela
 carezca de educación?
 Si es qué Dios así la ha hecho,
 y mil veces se lo he dicho:
 ¡si no ha tenido un capricho
 que no le haya satisfecho!
 Justo. Pero, hombre, ¡por Belcebú!
 ¿crees que eso te disculpa?
 Pío. ¿Quién tiene de ello la culpa?
 Justo. ¿Quién ha de tenerla? ¡tú!
 Tú, que ni entras ni sales
 en nada de lo que pasa,
 y no cuidas de tu casa
 por cuidar los animales;
 y abiertas tus puertas tienen
 Diego, Periquito y Juan,

que ni sabes dónde van, ni menos de dónde vienen. Tú, que educaas á ese mono, que irracional ha nacido, mientras á tu hija has tenido en un completo abandono; y eres tan original, que siendo antes cazador te metes á protector por hacerlo todo mal: tú que perder te hace el tino y casi te vuelve loco el que cante mucho ó poco la codorniz del vecino; siendo tales las raíces que esa locura en ti echó, que anoche te convirtió en Caco de codornices; sucediendo—y es la fija—que mientras que tú ¡infeliz! cazabas la codorniz, por poco cazan á tu hija, que está de defectos llena, pero ante la cual me postro, pues aun lleva altivo el rostro y es pura, y honrada y buena porque *si*, no hay más tu tia: por lo mismo que es valiente la *española infantería*. ¡nada, no te quiero oír!

Pío.

JUSTO.

Pío.

JSTO.

NOBA.

Pero... ¡En vano me pregonas!

¡Vaya usted á educar monas, que es donde debe usted ir!

¿Luego no es doble misión proteger los animales?

¡Es que hay tantos racionales que han menester protección!

¡Jesús! ¡Dios mío! ¡qué modos!

JUSTO. Serán duras mis palabras,
 más por tu descuido, hoy labras
 la infelicidad de todos.

Pío ¡Si; si tienes mil razones;
 si estoy de ello convencido;
 si tengo muy merecido
 el tiro de perdigones!...
 Mas ya comprendes que un padre
 —aunque sea muy prudente—
 no puede... Y que ¡francamente!
 yo confiaba en su madre.
 Cuando usa vestidos largos
 una hija...

JUSTO. Cierto, si.

NORA. ¿Qué es eso? ¿También á mi
 tiene usted que hacerme cargos?

¿Qué más he podido hacer?

¿No es mi Carmela instruída?

JUSTO. ¿Y usted cree, por mi vida
 que así cumple su deber?

¿De qué modo usted comprende
 de una madre la misión?

¿Difundiendo esa instrucción
 que usted difundir pretende?

¿Tratando serias cuestiones
 siempre por lados ridiculos,
 ó bien componiendo artículos
 ó escribiendo *Bodegones*?

NORA. Nó, no señor; ilustrando,
 venciendo al oscurantismo,
 saliendo del ostracismo
 en que hemos venido estando.

Rompiendo de nuestras jaulas
 las estrechas proporciones,
 terciando en las discusiones
 y penetrando en las aulas.
 Viendo lo malo y lo bueno
 del mundo.

JUSTO. Si, si, señora;
 pero ¿usted acaso ignora

- que al penetrar en el cieno
—siendo usted flor delicada
por su sexo y calidad—
tiene por necesidad
que salir de allí manchada?
- NORA. Cuando es pura la intención,
cualquier morada es un templo.
- JUSTO. Sirva este libro de ejemplo. (Tomando el libro
de manos de Nora.)
- Usted ha escrito *El Bodegón*.
¿Llegó á usted alguno á pisar?
- NORA. No tal.
- JUSTO. No está bien escrito.
- NORA. Si que entré.
- JUSTO. Pues lo repito:
se ha manchado usted al entrar.
En la mundanal batalla,
el hombre á luchar lanzado,
está siempre resguardado
por fuerte y espesa malla.
La mujer, esencia pura,
es cual la nieve en rigor;
que una flor, aun siendo flor,
roba encanto á su blancura.
- NORA. ¿Luego siempre hemos de estar
en aislamiento profundo
sin ver el mundo?
- JUSTO. ¿Qué mundo
más hermoso que su hogar?
- Pío. ¡Bravo!
- NORA. ¡Jesús!
- JUSTO. Yo lamento
si esto á usted la contraría.
- Pío. ¿Cuando yo te lo decial
¡es hombre de gran talento!
- NORA. ¡Quita! ¿Tú le apoyas?
- Pío. Sí,
puesto que tiene razón.
- JUSTO. La verdadera misión
de la mujer está aquí:

idealizando el hogar,
 trocando con dulce anhelo
 cada morada en un cielo
 que nadie ha de profanar;
 sembrando principios fijos,
 fruto de santas acciones,
 y formando entre oraciones
 el corazón de sus hijos.

Pío.

Justo...

NORA.

¿Y no hemos de ilustrarnos
 ni marchar con el progreso?

JUSTO.

¡No es eso!

NORA.

¡Vaya!

JUSTO.

¡No es eso!

NORA.

¿Ni hemos de civilizarnos?

JUSTO.

Si destruye el corazón,
 si pureza y candor quita,
 ¡una y mil veces maldita
 esa civilización!

NORA.

¿Y porque á usted no le cuadre,
 no ha de haber ni una escritora?

JUSTO.

¡Es que son tantos, señora,
 los deberes de una madre!...

Pío.

¡Se acabó la discusión!

Trac. (Arrebatando el libro á Nora y los ejemplares
 que habrá sobre la mesa.)

NORA.

¿Adónde vas?... ¡Espera!

Pío.

A dar el mico á cualquiera
 y á quemar *El Bodagón*.

NORA.

¡Oye!... ¡mi ideal más bello!
 ¡Una obra tan notable!...
 ¡Usted será el responsable
 de semejante atropello! (Vase detrás de D. Pío.)

ESCENA VII

D. JUSTO y CARMELA.

JUSTO.

Si, si me estuviera aquí;
 mas no me habéis de pillar.

CARMELA.

Pero, ¿se va usted á marchar

- sin despedirse de mí?
- JUSTO. No, señora, no por cierto, que aunque muy pronto me iré, he de dar antes á usted estos papeles que Alberto me entregó. (Dándole unas cartas.)
- CARMELA. ¡Eh!
- JUSTO. Fui á verle, y como me *estima tanto*, me los dió en seguida.
- CARMELA. ¡Oh! cuanto tengo á usted que agradecerle.
- JUSTO. Quizá aquí de un amor ciego haya pruebas cándoras, inocentes; pero hay cosas que están muy bien en el fuego.
- CARMELA. Sí, señor, las quemaré; mas antes, si así lo quiere, le ruego á usted que se entere...
- JUSTO. Seria ofenderla á usted.
- CARMELA. Al contrario, es un favor.
- JUSTO. Es tarde y me he de marchar. ¿Me tiene usted que mandar otra cosa?
- CARMELA. No, señor.
- JUSTO. Pues con permiso de usted... (Penetrando un instante y volviendo á salir en seguida con alguna prenda que indique ir de viaje.)
- CARMELA. ¡Nada!... ¡Y no puedo oponerme! ¡Claro! Se va por no verme... ¿Qué haré, Dios mio, qué haré? ¡Yo me muero, estoy muy cierta! ¡Ay Virgen!
- (Llorando, y sin darse cuenta de ello, se coloca en la puerta del foro.)
- JUSTO. (¡Qué es eso, llora? (Saliendo.) No hay remedio. ¡Bien! ¡Ahora se ha colocado en la puerta!)
- CARMELA. (¡Y no volverá en su vida! ¡Si no merezco perdón!)

JUSTO. Diga usted, mi habitación
¿tiene alguna otra salida?

CARMELA. ¿Pues ésta franca no está?

JUSTO. Si me deja usted salir...

CARMELA. Pero ¿se quiere usted ir
sin dar la mano á papá?
Desde aquí le estoy oyendo.

(Colocada en el dintel de la puerta y llamando.)

¡Papá!... Ya me contestó.

JUSTO. Hija, ¿usted quiere que yo
siempre me esté despidiendo?

Ahora al salir le verá.

CARMELA. No le choque mi porfía.
¿Sabe usted lo que querría
yo ahora?

JUSTO. Si, ya lo sé.

Que yo no hubiera venido
nunca á esta casa.

CARMELA. Pues sí.

O haberme dejado á mi
tranquilamente en mi olvido.

Usted despertó un amor
que aletargado yacía:

pero no, ¡qué tontería!

¡no le culpo, no, señor!

Lejos de mi tal idea;

tan infame no he de ser.

¡Usted me enseñó á querer!

¡Bendito mil veces sea!

Germán y usted, con profundo

afán que nunca senti,

cruzando el mundo por mí,

me han mostrado un nuevo mundo.

Y ya ignoro—y más me aflijo—

á quién debo amor más fiel,

si á usted por ser padre de él,

ó á él por ser de usted hijo.

Digale, pues, á Germán,

si el oírlo no le mata,

que fui con él muy ingrata,

- pero que le vengarán de mi mis propios dolores; pues soy tan loca, tan necia, que cuanto más me desprecia, más muero por él de amores. Que mil motivos le di para obrar de esa manera... Pero ¡por Dios! ¡qué me quiera y no se olvide de mí!
- JUSTO. ¡Carmen!...
- CARMELA. Que es suya mi vida, pues su amor vida me ha dado, y que de mi error pasado estoy tan arrepentida, que por vencer su desprecio y volver á ser amada, con mi honradez escudada, sin temor al mundo necio, ante el hombre que olvidé, si así de mi lo exigiera de rodillas me pusiera como me pongo ante usted! (Cayendo á sus pies.)
- JUSTO. ¡Ea! ¡Ya esto se acabó! ¡Yo no puedo ya conmigo! ¡Hija! yo nada le digo, porque no me marchó.
- CARMELA. ¿No? (Loca de alegría.)
- JUSTO. Él muy pronto va á llegar, y yo no me mezclo en nada. Usted no estará educada, pero me ha hecho usted llorar.
- CARMELA. ¿Y no se muestra usted adusto?
- JUSTO. Nada: yo me callaré.
- CARMELA. ¡Qué alegrial Deje usted que le de un beso, don Justo. (Dándosele en la frente.) Seremos novios un año, y yo prometo enmendarme... ¡No, no! si es para probarme yo misma y ver si me engaño...

- Aunque no; mi amor es fiel
y ya daré pruebas.
- JUSTO. ¿Si?
- CARMELA. Ya que él es digno de mí,
yo me haré digna de él;
Estoy de defectos llena,
soy un continuo capricho;
pero es lo que usted ha dicho:
en el fondo soy muy buena.
Y, en fin...
- JUSTO. (Me ha vencido ya,
aunque mucho no me cuadre.)
- CARMELA. ¿No va usted á ser mi padre?
¡Pues usted me educará!
- JUSTO. ¡Es claro!... eso me consuelá.
(¡Como la otra!... ¡Me he lucido!
¡Señor! ¿habré yo nacido
para maestro de escuela?)
- CARMELA. Voy á dar el alegrón
á mi padre.
- JUSTO. ¡Calma!... ¡Calma!

ESCENA ÚLTIMA.

CARMELA, NORA, JUSTO, PÍO, y después FLORO.

- CARMELA. ¡Ay, papaito del alma! (Abrazándole.)
- PÍO. Ya está ardiendo *El Bodegón*.
- CARMELA. ¡Me caso!
- PÍO. ¿Con Germán?
- CARMELA. Sí.
- PÍO. ¡Choca! ¡Es lo más zalamera!
(Estrechando la mano de Justo.)
- CARMELA. ¡Mamá!
- PÍO. ¡Que está hecha una fiera!
- NORA. ¡Infame! (A Pío, entrando.)
- CARMELA. ¡Ven, ven aquí!
Todo de arreglarse acaba,
y se realiza mi afán.
- NORA. ¿Si?
- CARMELA. Me caso con Germán.

- NORA. ¡Eso sólo nos faltaba! ¡me he casado
 ¡Hacer un auto de fe con libro tan superior! (A D. Pío.)
- Pío. ¡Visionaria!
- NORA. ¡Inquisidor!
 ¡La culpa ha tenido usted! (A D. Justo.)
- JUSTO. ¿Quién, yo? ¿Qué está usted diciendo?
- Pío. No vuelves á dar plumada.
- NORA. ¿Voy á dejar empezada la que ahora estoy escribiendo?
- Pío. ¡Vaya!
- CARMELA. (Todo se concilia.)
- NORA. ¿Crees que tan débil soy?
- Pío. Nada; lo dicho: ¡desde hoy no
 no escribes ni á tu familia!
- NORA. Aunque ustedes me maltratan,
 yo soy, ya que así alborotan,
 de las mujeres que votan
- Pío. Cierto, sí; y de las que matan.
- NORA. Y me emancipo.
- Pío. ¡Ojalá!
- CARMELA. Vamos, cálmate.
- NORA. ¡Traidores!
 ¡Retrospectivos!
- FLORO. ¡Señores! (Entrando.)
- Pío. ¡Cómo! ¿Otra vez por acá?
- FLORO. Sí.
- JUSTO. Te advierto que el ladrón
 no fué éste; tengo evidencia. (A Pío.)
- FLORO. Vengo á probar mi inocencia,
 y á reclamar
- Pío. El faldón. (Dándose lo.)
- FLORO. Víctima de la malicia
 de Alberto.
- JUSTO. ¡Sí, lo sé ya!
- FLORO. ¡Y ahora tratando estará
 no sé qué con la justiciat
 Reclamo, por tanto.
- Pío. ¿Qué?
- FLORO. Que mi inocencia.

- CARMELA. Paciencia. (A Nora.)
- JUSTO. ¡No, señor, si la inocencia nunca la ha perdido usted!
- CARMELA. Por si consuelo halla así de lo del lance pasado, dése usted por convidado á mi boda.
- FLORO. ¿Eh? ¿qué oi?...
(¡Y lo dice tan serena!)
¿Se casa usted con?... ¡que horror!...
¿Era cierto? (A D. Justo.)
- JUSTO. Sí, señor.
- FLORO. ¡Pues que sea enhorabuena!
- PÍO. No me guarde usted ojeriza, y perdone el arrechucho.
- FLORO. ¡Me alegro, me alegro mucho!
(¡Calabazas y paliza!)
- PÍO. Un consejo te he de dar, (A Cármen.)
fruto de pasados yerros:
protege siempre á los perros,
por lo que pueda tronar.
- JUSTO. Yo también, aunque te asombres, (A Pío.)
me declaro protector
de ellos, que es superior
su instinto al de muchos hombres.
Mas si pesares prolijos (A Cármen.)
desde hoy quíeres evitar,
si Dios te los llega á dar,
educa bien á tus hijos:
dales cariño sin tasa;
serás—y créeme á mí—
buena madre, y esa si
que es «*El guardián de la casa!*»

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA.

Suplico encarecidamente á los señores directores de escena cuiden con particular empeño el final de este acto, puesto que contribuye en gran manera al mejor éxito de la obra.

Con bien poco trabajo puede amaestrarse un perro para que ladre y salga con el pedazo de tela en tiempo oportuno. El actor encargado del papel de Justo debe traer en la mano, sin necesidad de que nadie se aperciba, otro pedazo de tela igual al chaquet que traiga puesto Alberto, á fin de que, si el perro no saliera, se adelante Justo á los bastidores del foro y se suponga lo coge de la boca del animal. Pero repito y vuelvo á rogar que no se prescindan nunca del perro, porque presta al cuadro mucha verdad y mucha vida.

A lo lejos debe oirse tambien el canto de la codorniz que contesta al reclamo tocado por Pio.

EL AUTOR.



1035851

SENTIR Y PENSAR,

POEMA CÓMICO

POR

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

Consta de 50 páginas y se vende á **una** peseta.

OBRAS DRAMÁTICAS ESCOGIDAS

DE

JOSE ECHEGARAY.

Se ha publicado el primer tomo que contiene las tituladas: *La esposa del vengador*, *En el puño de la espada*, y *Ó locura ó santidad*, el cual consta de XII.— 558 páginas de buen papel y esmerada impresion, siendo su coste de pesetas 7,50.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

